

Genealogía Feminista

MEMORIAS

DE

RESISTENCIA

Viaje Ancestral por nuestro

Linaje Femenino

Región de Resistencia  
Suroccidente y Pacífico  
Colombia  
Cali- Valle del Cauca  
2019





# Genealogía Feminista

# MEMORIAS

# DE

# RESISTENCIA



Viaje Ancestral por nuestro

Linaje Femenino

Recopilación de las Memorias de Resistencia relatadas desde la escritura creativa por escuelantes de la fase I y fase II de la Escuela Política Travesía por la paz y la equidad de género

COORDINACIÓN GENERAL:  
María Eugenia Betancur

COORDINACIÓN DE INCIDENCIA Y MEMORIA:  
Catalina Galeano Cabrera

COORDINACIÓN PEDAGÓGICA  
Rosa Elvira Castillo

COORDINADORA DE EDICIÓN:  
Catalina Galeano Cabrera

EQUIPO DE EDICIÓN  
Lina Marcela Mosquera Lemus  
Claudia Cecilia Ramírez  
Rosa Castillo  
Claudia Lorena Llanos  
María Margarita Vargas  
Sarita Judith Rodríguez Martínez

DISEÑO E ILUSTRACIÓN: Angélica Lorena Luna

Cali- Valle del Cauca- 2019  
Región de Resistencia Suroccidente y Pacífico  
Colombia

- 03 **Agradecimientos**
- 04 **Introducción**
- 06 **Luces** *Cindy Carlina Valencia*
- 09 **Amelia, resiste, persiste e insiste** *Elizabeth Belalcazar*
- 12 **EL Alba** *Natalia Carvajal Mulato*
- 14 **Una Más** *Juliana Gómez Cuervo*
- 16 **Mi ancestra y yo. Recordando a mi ancestra, donde quiera que esté**  
*Luz Dary Monjes*
- 20 **Los frutos de la tía Hermencia** *Marta Cecilia Salas Vargas*
- 22 **Una monja para la historia de Colombia** *Diana Marcela Lizcano Pérez*
- 26 **Tejiendo mis Ancestras** *Nancy Yenny Velasco*
- 34 **María Chingvad una mujer de poder** *Kathy Elizabeth Chingvad*
- 39 **La invulnerable** *Olga Lucia Hurtado*
- 41 **Mantra para sanar mi linaje femenino** *Mayerling Ávila Guayara.*
- 43 **Memoria de resistencia para una dadora de amor** *Libia Alexandra Arango Salazar*
- 46 **JIREÜ- Mujer del arte** *Miriam Lizeht Camacho delgado*
- 48 **Memoria de resistencia- Inspirada en Martha Montaña, mi prima materna**  
*Angie Natalia Rodríguez Perea*
- 50 **Un poema a Mabel Lara** *Paula Andrea Aristizabal Restrepo*
- 52 **Relato de resistencia de una guerra en el centro del país** *Ángela María García Caicedo*
- 55 **Valery Summer “Negra, trans y empoderada”** *Andrés Felipe Obando Hurtado*
- 56 **A todas las que resistieron. Para ellas, a Cecilia...** *Marcela Melo Rojas*
- 58 **La llamada** *Beatriz Briñez Morales*
- 60 **Mi Historia: Una nación desplazada** *Mildreth Chasqui Velasco*
- 62 **“La princesa del silencio”** *Daniela Valencia Aragón*
- 64 **“Memorias de resistencia”** *Diana Marcela Riascos-Diana Dinamita*
- 66 **Heroína MAELL, Mi cabello, mi resistencia, mi identidad** *María Emilia Cundumi Lucumi*
- 68 **Carito** *Nicolás Guevara Hoyos*
- 70 **Mis Ancestras** *Geraldine Yanten Garzón*
- 72 **Alicia en el país de la violencia** *Susan Sarmiento*
- 74 **Eva Güe- 1910-2016** *Eyder Duvan Niño Vargas*
- 76 **Memorias de emancipación, Colombia 1968 a hoy** *Lucía*

# AGRADECIMIENTOS

La presente genealogía es fruto de un trabajo mancomunado de muchas mujeres que en un proceso pedagógico, articulado tras meses de disertaciones, debates y compartir de saberes, lograron construir un proceso de memoria colectiva. A ellas, las escuelantes, quienes sesión a sesión compartieron sus esperanzas, miedos, alegrías y tristezas, nuestro más profundo agradecimiento. Es gracias a su perseverancia y deseo de transformación que hoy contamos con este compilado de narraciones valiosas que resignifican la historia de las mujeres en nuestro territorio.

Así mismo, nos sentimos honradas con la solidaridad que rodeó el proceso, pues contamos con la generosidad de muchas personas, entre ellas el equipo editor que sin ningún otro interés más allá de la sororidad y la convicción feminista, sacaron pedacitos de su valioso tiempo para leer cada una de las historias, atreverse a entrar en el mundo y alma de otras personas y una vez montadas en ese tren, hacer las observaciones necesarias para que las narraciones salieran a la luz. Gracias hermanas por su esfuerzo.

Agradecemos a Forum Syd y solidaridad Práctica por su apoyo constante, por creer en nosotras para desarrollar un Proyecto de paz con equidad de género: un sueño compartido que prioriza los derechos de las mujeres para que la paz sea una posibilidad real en el país. Así mismo, una gratitud inmensa con nuestra casa, la Corporación para el Desarrollo territorial CDR por ser cobijo del proceso, por su experiencia y por su persistencia en la consolidación de los derechos humanos en la región y en toda Colombia. Por último, no podemos dejar de mencionar al equipo de trabajo por su perseverancia, por sus ganas indómitas de soñar, transformar y volar, entregando sus días, pensamientos y energía a las mujeres que habitan nuestra casa, la casa grande del feminismo...

*“Andamos aquí, cambiándonos nosotras para cambiar el Mundo”*

*María Eugenia Betancur  
Coordinadora General  
Proyecto paz con equidad de género*

# INTRODUCCIÓN

## «Presentes»

“Llegamos aquí presurosas...  
Hemos venido, convocadas por un sueño.  
Las mujeres recorremos las plazas del mundo  
desplegando palabras.  
Hemos llegado de todas partes  
unas tristes, otras alegres, algunas rotas.  
Trazando arcoíris con nuestros colores de piel,  
constelaciones con nuestras miradas.  
Nos encontramos  
proclamando la soberanía de nuestros cuerpos,  
defendiendo la libertad de nuestros pasos.  
Haciendo resonar nuestra voz,  
de continente a continente.  
Transgrediendo mandatos,  
construyendo metáforas amables con la fuerza de nuestros deseos.  
Enlazándonos,  
más allá de nuestra edad y nuestras nacionalidades.  
Acarreando esperanzas en la desesperanza.  
Tejiendo redes, laboriosas arañas.  
Construyendo ciudadanía, centímetro a centímetro.  
Transformando la realidad con nuestros caminares,  
incursionando el viento, vestidas de cometas,  
despeinadas de flores, deliberadas, presentes,  
en esta marcha por la vida”.

GUISELA LÓPEZ

Las letras que componen los escritos consignados en cada página de esta recopilación, intentan conectar los procesos históricos de nuestra memoria individual como mujeres, con la firme intención de llenarlos de sentido hacia la construcción de memoria colectiva de un Nosotras. Ese nosotras perdido en las letras, el tiempo y el olvido profundo y androcéntrico que nos ha dejado invisibles y, por tanto, hasta hoy, inmóviles en las letras de la historia.

Memorias de Resistencia nace con la intención de repensar los acontecimientos y las vidas de sus protagonistas, lo que implica transitar por los diversos espirales que habita la Escuela Política Travesía por la paz, conectando los procesos desde el piel adentro hacia las construcciones políticas y la acción transformadora, regresando en ese viaje en espiral al pasado o al eterno presente que les habita, cargadas de la interrogación y la curiosidad de quien desea romper el prejuicio, la marca no deseada, la palabra ofensiva o la descripción con carga moral despojadora.

Entendida la memoria como fenómeno colectivo propusimos este ejercicio con la intención de desnudar nuestros recuerdos, encontrando relatos propios para identificar las historias colectivas que como comunidad nos configuran. El ejercicio de meditación y reflexión se desarrolló a través de la escritura, representada como un campo de creación, encuentro y articulación de resistencias de las mujeres. En cada una de las historias narradas se enunciaron con voz propia los conflictos, las intensidades, las posibilidades que configuran sus historias de vida, la mayoría de ellas, prohibidas.

Al mismo tiempo, la evocación directa en el acontecimiento de narrar, describir o demostrar, potenció en sí misma la visión del mundo circundante objetada, interrogada, puesta contra la pared, después de diversos encuentros de saberes y sesiones compartidas durante el desarrollo pedagógico de la Escuela Política. Las historias aquí escritas se convierten, entonces, en un ejercicio-posibilidad de narrar, en esta ocasión la narración de las propias trayectorias o las trayectorias de vida de aquellas otras que hacen parte de nuestros círculos afectivos. El resultado de la dinámica fue un claro ejercicio reivindicativo que no sólo objeta críticamente sus lugares de opresión, sino que, también, expresa la dignidad y pasión con las que se les resiste e incluso transforma.

Con este ejercicio las mujeres subvierten la narrativa y la construcción de memoria histórica hacia un asunto ético y político, en el que se despliegan un sin número de procesos de simbolización y regulación que re-significan las relaciones sociales, las mismas que cuestionamos en el transcurso de las sesiones desde la educación popular y la incidencia política feminista.

Cabe señalar que el ejercicio de concebir la narrativa como un escenario político de resistencia y agenciamiento, implicó reconocer que la vivencia temporal se transformó y con ella, la política de transmisión de la memoria. En ese sentido seguimos convencidas de que resulta imprescindible contribuir con el debate sobre el papel que han jugado las mujeres en el país en la configuración de una memoria política e histórica. Y es en ese punto donde la memoria histórica toma un papel importante en el aspecto socio-político cultural, ético y estético, pues recupera la experiencia social; asimismo, permite la construcción y transmisión de varios sentidos del pasado.

El intento realizado por las escritoras y autoras de cada relato a partir de la narrativa, interpretó la experiencia histórica cumpliendo dos funciones, una retrospectiva-privada y una prospectiva pública y emancipadora; con ese sentido, desde la Escuela Política seguiremos ahondando en ejercicios que nos permitan plantearnos desde dónde se asume la ética y la política en la pedagogía de la memoria, preguntas que cobran sentido en un país que busca incansablemente construir y sostener la paz, por un lado, a partir del reconocimiento del pasado, las múltiples verdades y actores y actrices protagonistas de las historias, y por otro, a partir de lograr las transformaciones necesarias que hagan que la guerra deje de ser la única opción que se deja a los pueblos para el logro de su emancipación.

*CATALINA GALEANO CABRERA*  
*Coordinadora de Incidencia y Memoria*  
*Escuela Política Travesía por la paz y la equidad de género*



# Luces

Por: Cindy Carolina Valencia

Clemencia cruza los brazos sobre la mesa de la cocina y sumerge la cabeza en ellos como adentrándose en un refugio personal. A lo lejos oye las voces de niños jugando en la calle, mientras su madre Rosario los vigila y ve pasar el tiempo por la ventana a través de las cataratas de sus ojos. Jesús y Federico, sus hermanos y quienes sostienen económicamente el hogar, pronto llegarán de su trabajo en el campo.

Clemencia era muy joven cuando salieron de Santuario, pero recuerda que la familia tenía su propia parcela, y aunque no sobraba nada, el asunto del dinero no era una preocupación funesta que ocupará constantemente la mente de todos. En ese entonces eran sus padres y cinco hermanos: dos mujeres y tres hombres, hasta que tuvieron que abandonarlo todo por la violencia bipartidista; ellos, identificados como liberales, no podían seguir viviendo en tierra de conservadores, así que emprendieron camino hasta establecerse en el norte del Valle, antes de que los hijos varones llegaran a sufrir la misma suerte violenta de varios jóvenes del pueblo.

Niños y niñas juegan y se abandonan a sus ensueños y fantasías, pero su curiosidad siempre se despierta cuando los adultos se reúnen y hablan en la cocina alrededor del café. Especialmente Lucía, la niña del carácter más sensible, pasa horas oyendo estas conversaciones y tratando de hilar las historias que se cuentan de cuando aún no había nacido. Lucía ha escuchado que cuando la familia vivía en Santuario, los conservadores encerraron a varios jóvenes en una casa con la idea de ejecutarlos y otros hombres los ayudaron a escapar. La niña no sabe cuál fue el rol de sus tíos en esta historia, pero entiende que este suceso está relacionado con el éxodo de su familia y con el hecho de que ahora su madre pase tanto tiempo en silencio con los ojos cerrados sobre la

mesa de la cocina, mientras los tíos trabajan y llegan cansados en la noche sin fuerzas para jugar. La abuela Rosario no dice mucho. Lucía la evocará después como una presencia dulce que llena la casa al mismo tiempo que pasa horas sin hacerse sentir. De ella quedaría solo el recuerdo claro de una larga trenza plateada y de la voz frágil en medio de las alucinaciones de sus últimas horas de vida.

Lucía es la menor de las dos hijas de Clemencia. Su hija mayor, Greta, es tan opuesta en carácter y comportamiento, que se dice que las dos niñas son como el agua y el aceite. Clemencia cree que la razón de esto puede ser que Greta lleva sobre sí la huella de su padre; que la niña quizás recuerda el maltrato que vivieron juntas al lado de su marido Ismael, en contraste con Lucía, que era solo una bebé de cuatro meses cuando la mujer se escabulló de la finca en la que vivían y trabajaban, para escapar de él y buscar refugio en su familia de origen.

Lucía no entendía a Greta: su comportamiento hostil, su temperamento cambiante, las constantes mentiras. Pero más adelante en su vida, recordará cuando las personas adultas hablaban de cómo Ismael agarraba a su hermana de un pie aun siendo una bebé y la sacaba al patio bajo la lluvia, para que dejara de llorar en la mitad de la noche. Quizás por esto y por otros horrores nunca revelados, Clemencia protege a Greta como un animal asustado defiende a su cría, la defiende de cada problema en el que la niña se mete por sus mentiras y su agresividad. Lucía tampoco entiende por qué su madre siempre da la razón a Greta, aun cuando es evidente que no la tiene, y por qué la poca energía que se le percibe parece estar volcada sobre su hermana.

Escapar no fue fácil para Clemencia: decidirse a regresar a la casa de sus hermanos cruzando varios pueblos con dos hijas pequeñas, dos bocas para alimentar, dejando atrás a un marido en la Colombia de los años 60. Dicen que Ismael recorrió el mismo camino buscándola, pero Jesús y Federico se encargaron de alejar al hombre cada vez que intentó hacer contacto, por esta razón Lucía nunca conocería a su padre. Eventualmente Jesús, quien no tuvo descendencia, tomó sobre sí la responsabilidad de las necesidades económicas de sus sobrinas y se convirtió en un refugio seguro de amor pa-

ternal, especialmente para la menor de las niñas. La mujer siempre se sentiría en deuda por el apoyo de sus hermanos y tal vez por esto, por la violencia sufrida en el matrimonio y la presión de la moral de la época, decidió nunca rehacer su vida al lado de un hombre y dedicarse al cuidado de su familia.

Clemencia moriría años más tarde, durante la adolescencia de sus hijas, por las complicaciones de una diabetes no diagnosticada. Tras su muerte, Greta abandonó el hogar emprendiendo camino con otras jóvenes del pueblo hacia el oriente del país, sin que se supiera más de ella. Lucía por su parte, inició una relación de convivencia con un hombre mucho mayor con el cual tuvo una hija a sus diecinueve años, obteniendo con esto el rechazo de los pocos parientes que quedaban alrededor. Poco tiempo después, su tío Jesús murió de un avanzado cáncer de garganta, siendo este uno de los grandes dolores de la vida de Lucía al quedarse huérfana sin su padre de crianza.

La maternidad llegó para Lucía como un aliciente dentro de una relación conflictiva y una serie de duelos. Vivir con un hombre mayor había implicado renunciar no sólo a su adolescencia y a sus lazos familiares, sino también a su propia libertad. Carlos era un hombre bueno y un excelente padre, pero también era autoritario, celoso y consciente de que la relación no se basaba en un sentimiento de correspondencia: Carlos quería a Lucía y la situación de Lucía no le permitía otra cosa que tomar la estabilidad que él le ofrecía. Así trajeron una hija al mundo, que para ella representó un escape a la rutina que llevaba dentro de las cuatro paredes del hogar, y para él, la oportunidad de ser un padre más sensible, diferente a la dura figura de autoridad que había sido con sus cuatro hijos de una relación anterior, ya adultos.

Pasarían diez años antes de que Lucía se decidiera a romper con las condiciones impuestas por Carlos y decidiera continuar con los estudios de bachillerato que había abandonado. Dos años más, para que el hogar se disolviera definitivamente por determinación de Lucía quien decidió salir del pueblo rumbo a Cali por primera vez en su vida, para conseguir un empleo. Otro año pasaría antes de traer a su hija a la ciudad y tres para acceder a un subsidio de vivienda y empezar a pagar su propia casa

mientras costeaba la carrera universitaria su hija, con el alcance de un salario mínimo, lo devengado como operaria en una fábrica.

Es el año 2019 y Lucía, la hija de una madre soltera y un padre maltratador; la niña sensible que jugaba con tierra mientras los adultos de su familia contaban sus historias de desarraigo, violencia y pobreza; la joven que no tuvo otra opción que convivir con un hombre mayor y convertirse en madre; es ahora una mujer autónoma en su destino, en su tiempo, en su dinero, en su hogar. Está a punto de terminar de pagar su casa y de graduarse de una carrera técnica en administración y su hija es la prime-

ra de la familia materna en graduarse de una carrera universitaria.

Lucía conserva su sensibilidad, a veces siente temor a la soledad y no puede dormir con la luz apagada cuando no hay nadie en casa. La relación distante con su madre, la muerte de ésta y de su tío, el abandono de su hermana, el rechazo de sus parientes y los años perdidos de su juventud al lado de un hombre autoritario, verbalmente abusivo incluso, duelen a veces. Pero dicen que no es valiente quien no siente miedo, sino quien se enfrenta a la adversidad a pesar de sus temores, y eso es Lucía.





# Amelia resiste, persiste e insiste

Por: Elizabeth Belalcazar

Amelia es una mujer de rasgos indígenas, piel cobriza, hermosos ojos negros y una sonrisa amplia, luminosa. Una mujer cálida, amorosa y decidida. Pasó su niñez en el campo, al lado de su madre, hermanas y hermanos. Cuando Amelia era una adolescente, su madre tenía otra pareja y convivía con el señor, quien se convirtió en el padrastro de Amelia. Éste como en un cuento de horror, empezó a acosarla y violentarla sexualmente, pero Amelia no se atrevía a decirle nada a su madre. Un día, cansada de esa situación, puso sus prendas en una mochila, se escapó de su casa, aprovechó que una columna guerrillera andaba cerca del pueblo y les pidió ingreso. El comandante de la columna la devolvió para su casa, pero ella siguió la columna, y se les unió. La devolvían y ella los alcanzaba nuevamente. Así, a los 14 años, se unió al grupo alzado en armas que frecuentaba esa región. Amelia encontró allí otros jóvenes y jovencitas, por lo menos dos habían vivido una situación similar de asedio y acoso en las casas que habitaban con sus parientes.

El grupo insurgente se convirtió en su familia. Fue instruida en tareas propias del campamento, y después de unos meses, le dieron su arma de dotación. Amelia era una chica de 14 años, pero su cuerpo aparentaba la edad de 18; el trabajo en el campo floreció en ese cuerpo vigoroso, con manos fuertes y decididas. Alcanzó a estar en la guerrilla algo más de un año, hasta que el grupo guerrillero firmó un acuerdo de paz para la dejación de armas. Después de la “desmovilización”, cuando se clausuró el sitio donde estuvieron por varios meses, Amelia subió a un bus junto a otros y otras de sus compañeras que tenía como destino una calle cualquiera de la ciudad capital. Desorientada, sin saber qué hacer, pasaba las noches en una casa y en otra, alojándose donde compañeras que le daban posada por un tiempo determinado. Trabajó en lo que pudo: Vendiendo fritanga, cuidando infantes, en la construcción, en lo que se le atravesara. Vivió por épocas donde su

madre, quien ya se había trasladado a la capital y para ese entonces ya no vivía con aquel personaje siniestro que la violentaba. Participó de un proyecto productivo de tierras con un grupo de excombatientes del grupo armado del que ella había hecho parte, pero fue una experiencia negativa, funesta. Amelia cuenta entre sollozos lo difícil que fue estar allí. La calidez de los compañeros y compañeras se convirtió en una disputa permanente, en una zozobra impensada. La organización que tanto amó se desdibujó en esa experiencia. La ausencia total de orientación, tanto de parte de la dirigencia de la antigua agrupación armada, como de la institucionalidad encargada de estos proyectos, dejó al garete a ese puñado de hombres y mujeres que terminaron destruyéndose unos a otros. Triste realidad. Pensaron que con dinero y especies se solucionaba todo. Ningún acompañamiento psicosocial, nula ubicación del contexto a los y las excombatientes. Ninguna investigación acerca de sus procedencias, de sus necesidades, de sus debilidades y/o fortalezas. En consecuencia, Amelia optó por Alejarse, aún no podía creer que eso estuviera pasando. Se acogió a un programa educativo, en donde terminó su bachillerato junto a otros y otras excombatientes. Después de un tiempo logró conseguir un empleo, fruto de un convenio entre el municipio y una empresa, en la que varias y varios excombatientes pudieron trabajar durante varios años. Este empleo le brindó estabilidad a Amelia, quien se enamoró y tuvo una niña y un niño. Durante los primeros años de edad de su hija e hijo, fue su trabajo e ingreso económico el que logró sostener a su familia. Para su compañero sentimental fue más difícil. Cambiaba de un trabajo a otro, sin posibilidad de amañarse en ningún lugar, siempre con una actitud constante de derrota. Mientras tanto, Amelia trabajaba y estaba pendiente de su hija y su pequeño hijo, de sus estudios, y también de las labores caseras. Su jornada laboral era doble, el trabajo y la casa.

En estos años, también sucedieron otras cosas. La hermana que vivía aún en el campo, fue asesinada y su madre debió asumir la custodia de los pequeños huérfanos. Unos años después, su hermano fue desaparecido en una carretera en el departamento del Cauca. Hasta el momento no se sabe qué pasó. Su madre nunca habla de ello, le ha ocultado la suerte de su hijo al resto de la familia. Siempre dice que anda en una u

otra parte, pero no es así, ellas saben que un grupo armado lo bajo de un bus, él llevaba una carpeta con documentos para vincularse a la policía. Era apenas un muchacho de 20 años.

En su hogar las dificultades no demoran en aparecer, decide separarse del padre de sus hijos y queda a cargo de los dos pequeños. Debido a la inasistencia económica del padre para con su hija e hijo, Amelia lo demanda por alimentos, y el juzgado define que el señor pase \$100.000 mensuales para su manutención, cuota insignificante frente a las necesidades de una chica y un chico en crecimiento. Y así, van pasando los años, Amelia pendiente de su hija e hijo, de su madre, de sus sobrinos huérfanos, quienes, llegada la adolescencia, toman rumbos inciertos, caen en el consumo de sustancias psicoactivas, producto de los sectores vulnerados donde residían. Amelia, reflexionando sobre la suerte de sus sobrinos, preocupada por sus hijos, decidió abandonar el sector donde han vivido y buscar una zona de la capital que le ofreciera un ambiente más tranquilo para el crecimiento de sus hijos, una ya en la adolescencia y el otro, un pequeño niño todavía.

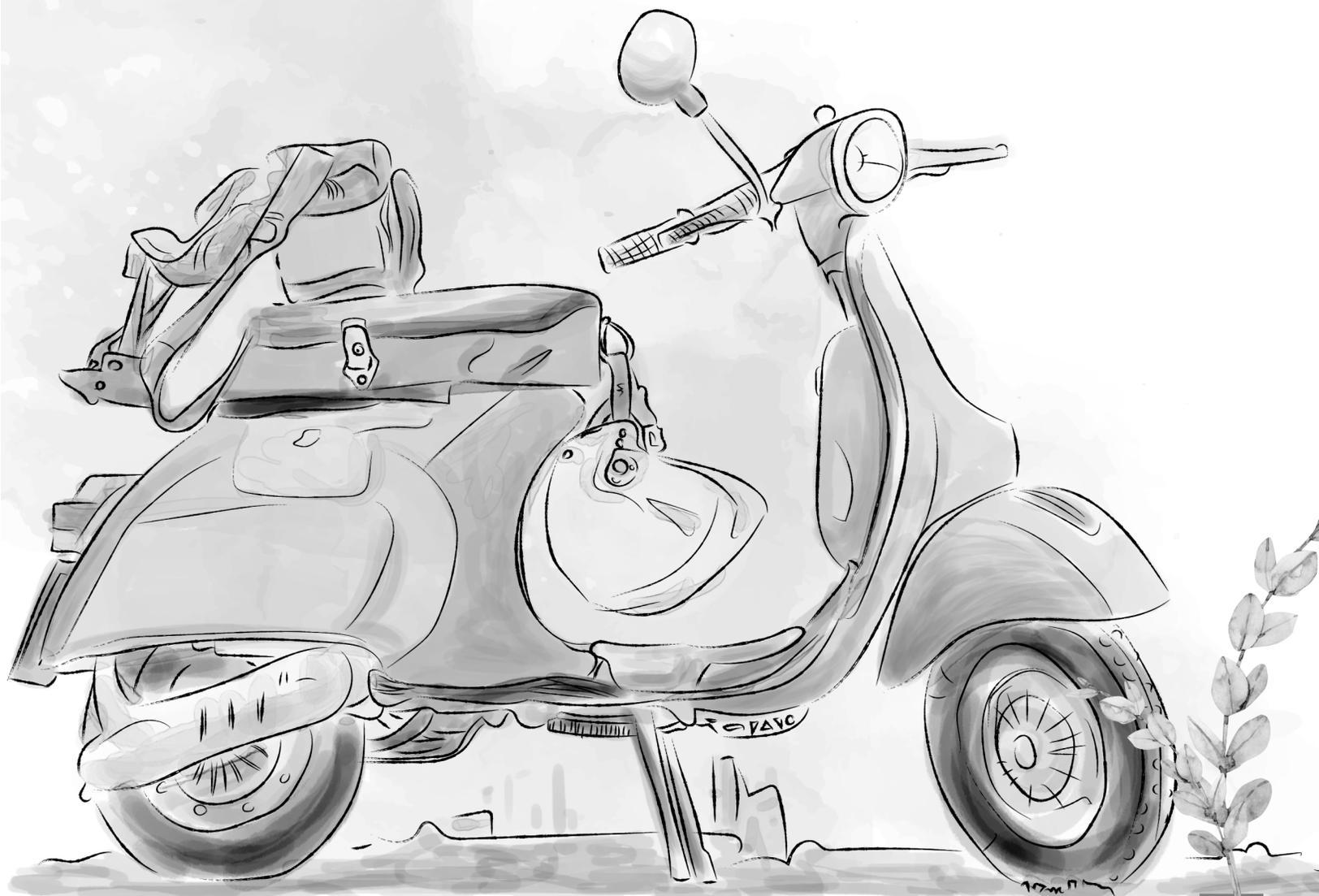
Tras un acuerdo de palabra con un familiar, consigue sumar la cuota inicial de un apartamento usado, e inicia de nuevo su vida al lado de sus hijos, más tranquila, en un sector menos vulnerado de la ciudad. Afortunadamente, su hija y su niño, con excelente desempeño escolar, compensan sus desvelos. No puedo olvidar mencionar en esta historia que Amelia, tras años de trabajo, pierde su empleo, pues clausuran la empresa. Queda nuevamente en la incertidumbre, en el rebusque cotidiano para la manutención de sus hijos. Trabaja en mensajería, durante uno o dos años, al cabo de los cuales no le renuevan contrato, pues supo de malos manejos de una funcionaria pública, y eso le costó el empleo. Pero Amelia no se deja amilanar; vende tamales, se inventa collares, pulseras, hace aseo en oficinas o casas de familia, poda jardines, toma fotos con una cámara que logra conseguir, y así se sostiene. Un día cualquiera, pasa por un pequeño almacén, donde una chica exhibe bellos objetos decorativos. Pero la chica no los vende, ella enseña a hacerlos y vende los materiales y el taller para elaborarlos. Amelia hace el curso de uno o dos días y ya tiene un hermoso objeto, elaborado con sus manos de campesina recia. A partir de ahí, la

protagonista de esta historia, se dedica a elaborar bellos objetos artesanales, que vende a buen precio entre la gente que conoce, en oficinas, en ferias artesanales, en parques. Va puliendo sus productos y logra sobrevivir con su familia elaborando y vendiendo sus bellos objetos.

Amelia hace parte también, de una colectiva de mujeres constructoras de paz. Asiste a talleres, realiza entrevistas a otras mujeres como ella y un día, en ese ejercicio de contarnos nuestras historias, soy quien debe entrevistarla. Me cuenta su historia. Pese a llevar años andando juntas, Amelia mantuvo en secreto muchos de esos momentos que vivió. Supongo que son la causa de sus molestias hormonales, de sus migrañas esporádicas. Amelia suele ser callada, pero cuando se decide a hablar, florecen las palabras en su boca. Palabras llenas de sabiduría,

de experiencias, pero tranquilas, sensatas. Amelia no ha valorado aún la dimensión de quien ella es. Mujer sencilla, amorosa, recia cuando lo ha necesitado. Hoy, comparte su vida con una nueva pareja, invoco al universo para que este hombre, sepa valorar la mujer que Amelia es. Su hijo menor le acompaña en este tránsito en otras tierras. Inician una vida nueva, en donde ese joven, seguramente podrá desarrollar todos sus talentos. Gracias a esa madre que ha resistido y superado todas las inclemencias que la vida en este país le puso por delante.

Termino por decir que Amelia no conoce este texto. Me atrevo a consignarlo, porque creo que los homenajes hay que hacerlos en vida. En homenaje a todas las mujeres que, pese a los obstáculos, han salido adelante con sus vidas, en un país donde la vida no vale nada.





# El Alba

Por: Nathalia Carvajal Mulato

Alba Mary Possú Lucumi, una mujer como la luz del horizonte, que brilló, no por el hecho de alcanzar algo material, sino por ser una mujer con la capacidad de dejar su alma en cada proceso; por reír, amar y perdonar; por levantarse y reinventarse cada día, a pesar del contrariado panorama.

Llena de una fuerza interior, desde muy pequeña recorrió por caminos de dolor: con tan solo 8 años de edad murió su madre y abuela, lo que la obligo a transitar de casa en casa bajo el cuidado de sus familiares, mientras su padre siempre estuvo ausente. De casa en casa de sus tías le tocó acostumbrarse a diversas dinámicas que inevitablemente la expusieron a vejaciones.

Resistió el abandono de los suyos, el rechazo despectivo de su padre, las desdichas y las limitaciones. Resistió la violencia disfrazada de amor, la manipulación maquillada de experiencia. Resistió el sinsabor de empezar de cero, la desazón de la soledad, el ácido de la humillación, y el agrídulce de la desesperación. Resistió inviernos, resistió veranos, y, aun así, floreció.

Floreció, a la luz del sol y la luna, forjando un camino hacia horizontes desconocidos, con sus 5 hijos opto por reconstruirse, cuidarse, y salvarse a sí misma de las profundas garras del patriarcado, que le negó estudiar, heredar, planificar su vida reproductiva.

Su memoria habla de reconocimiento, esperanza y verdad. Habla de callar voces que no permiten encontrarte. Habla de ser refugio y consuelo para otros. Habla de compartir experiencias para la no repetición. Habla de resistencia. Habla de ella, mujer, madre, hermana, tía, prima, y para mí abuela, eterna luz, raíz ancestral, que me enseñó el poder de la pasión por uno mismo y de la libertad.





# Una más

Por: Juliana Gómez Cuervo

En el año 2002, Sara cursaba décimo grado en un colegio femenino, en Cali. Ella se destacaba académicamente en todas las materias y siempre, al final de cada año, recibía medallas de honor y excelencia. Era una chica amorosa con sus padres y su hermana. Era muy casera y a pesar de tener 16 años, disfrutaba pasar el tiempo con su familia. Era una joven con inocencia muy inusual.

Al año siguiente Sara se graduó de secundaria y, como cualquier chica, comenzó a planear su futuro. Le apasionaban las leyes y por eso quería estudiar la carrera de Derecho. Cuando le contó a su padre y madre sus deseos de estudiar, la familia atravesaba una situación económica y emocional muy complicada: sus progenitores estaban en proceso de separación y sus negocios, en quiebra. El mundo que Sara conocía, se derrumbaba.

Sara buscó otras opciones, pero nada resultó. Con los sueños rotos y el dolor por lo que pasaba con su familia, se sintió sin apoyo y sin posibilidades para alcanzar la vida que quería. Inició, entonces, una nueva búsqueda y se refugió en la rumba, el licor y las malas compañías. Pasaron muchos meses y sus hábitos recién adquiridos, continuaban. Sara se sentía muy sola y sus vacíos estaban más presentes. Ella estaba tan vulnerable, que el refugio que buscaba en la calle, le podía ofrecer cualquier cosa, hasta lo más indeseable.

A los 18 años Sara conoció a Harvey. Él era un hombre agradable y trabajador, que vivía en USA, pero viajaba constantemente a Cali por su familia y sus negocios. Sara, que nunca había tenido pareja, lo vio como un buen partido y con buenas intenciones hacia ella. Sara y Harvey se hicieron novios; él tenía 40 años.



Sara lo presentó a su familia y él se mostró como un hombre agradable y gracioso. Compartían varios espacios, salían con amigos y amigas, iban a cine y a restaurantes. Sara y Harvey se veían felices. Luego de un año de noviazgo todo comenzó a cambiar. Él se volvió irascible e intolerante; le molestaba que ella se vistiera “provocativa”, también le enojaba que frecuentara a sus amigas y que otros chicos la sacaran a bailar. Su ira iba en crecimiento. Ella lo complacía en todo y aceptaba sus imposiciones, pero nada era suficiente. Sara se sentía culpable.

Al segundo año de su relación, la situación había llegado a un límite insostenible. Harvey le prohibió a Sara que visitara a su familia y le advirtió que, si intentaba buscarlos, él les haría daño. Para este momento, Harvey ya la había golpeado en varias ocasiones y la amenazaba constantemente con matarla.

Sara estaba llena de temor y no sabía qué sucedía. Su autoestima empeoraba y se sentía insegura todo el tiempo. Pasó un año en el que Sara no pudo ver a su familia. Su madre y su hermana intentaban visitarla y su padre hacía denuncias, pero nadie parecía entender que Sara se encontraba en peligro. Ante estas presiones, Harvey se llevó a Sara para Estados Unidos. Sara pasaba los días entre la cocina, los quehaceres de la casa y el cuidado de la madre de Harvey, que era muy mayor. Su vida social era muy limitada. Así pasaron seis años llenos de violencia, maltrato y tristeza profunda. Sara, que se encontraba desgastada emocionalmen-

te, comenzó a deprimirse y en varias ocasiones pensó en quitarse la vida. En un momento que estuvo cerca de hacerlo, sintió a Dios en su vida y recordó a su amada familia y este fue el primer paso en el camino hacia su nueva vida.

Sara ideó un plan para huir: estableció horarios, rutas y buscó como aliados a unos familiares que vivían en la misma ciudad y quienes la esconderían durante un tiempo. Llegó el día. Harvey salió para su trabajo. Un rato después Sara, temblando, salió por la parte trasera de la casa, con sus pertenencias en una bolsa. Estaba vestida con ropa muy ancha y una gorra para que nadie notara que era ella. Empezó la huida en un carro, al límite máximo de velocidad y, como señal de triunfo, vio por el espejo retrovisor la casa que se quedaba atrás y sintió la brisa en su rostro, que le recordaba la libertad.

La historia de Sara es una de tantas que suceden todos los días. Ella no se dio cuenta cómo, poco a poco, iba cayendo en una relación peligrosa, posesiva, tóxica y enfermiza. Harvey la eligió para dominarla, sentir el control y valerse de su inexperiencia y juventud para someterla. Las estadísticas de maltrato se siguen incrementando. Sara es una más, pero a diferencia de muchas, ella pudo regresar a la vida, al amor, a la felicidad y a la libertad.

Lo ideal es que cada vez menos mujeres caigan en las trampas de las relaciones tóxicas y aumenten las “una más”, que recuperen su libertad. Más historias felices y más reencuentros. Sara y yo somos una más, porque yo soy su hermana y volví a la vida junto con ella.





# Mi abcestra y yo

Recordando a mi abcestra,  
donde quiera que esté.

Por: Luz Dary Monjes O.

Sentarse frente a un computador y tratar de escribir sobre una hoja en blanco acerca de una de mis abcestras me resulta extraño, inquietante y retador; extraño porque nunca lo había hecho, inquietante porque tengo que volver a mi infancia (no muy grata, por cierto), retador porque de cierta manera me veo confrontada con ella, con mi madre.

Una roca, así era mi madre, poco expresiva; no recuerdo jamás haber recibido un abrazo suyo; de hecho, creo que nunca lo hizo. Tampoco una palabra de cariño, menos una de motivación; muy reservada, no hablaba mucho de su vida pasada, pareciese que quisiera arrancar esas páginas vividas de un libro escrito con amargura, dolor, resentimientos, abandonos, luchas y muy pocas alegrías. Casi nunca la vi reír. Lo poco que conozco de su historia familiar lo fui recogiendo a través de los 18 años que compartí con ella. Es más, podría decir con certeza que fue en los últimos 7 años de mi convivencia en el hogar. Creo que no alcanzó la básica primaria, sabía leer y escribir muy poco y noté tristemente con los años que lo fue olvidando, pero se negaba a admitirlo. Había nacido hacia el año 1934 \_no es para mí tampoco clara su fecha de nacimiento, alguna vez me dijo que tuvo que aumentarse la edad para obtener la cédula de ciudadanía, 1934 es la fecha que aparece en su cédula, más al parecer habría nacido en 1940- en los Llanos Orientales, Meta, cerca de un pueblito muy pequeño llamado luego San Carlos de Guaroa. Sus primeros años transcurrieron en una finca, rodeada de 10 hermanos hombres, papá, mamá y otros familiares.

A veces cuando tenía espacios para la remembranza, los cuales realmente eran muy escasos, comenzaba a hablar sobre esos años, no admitía preguntas, sólo se limitaba a hablar en monólogos, como si realmente lo que hiciera fuera darle voz a sus propios pensamientos (y yo, ahora lo

lamento muchísimo, no tuve la perseverancia e insistencia para interrogarla, aún en contra de su voluntad, había conocido mucho mejor a la mujer que me dio la vida). Hablaba de sus hermanos, ella era la menor, la india, de tez trigueña; sus hermanos en cambio eran blancos y altos, ella era muy pequeña, medía 1.40 de estatura; contaba sobre su relación con ellos, sobre todo nombraba a Daniel, uno de sus hermanos, al que años después visitaría en el Batallón Pichincha de Cali cuando ella ya estaba radicada en esta ciudad. Él era entonces Sargento y ella se sentía muy orgullosa de ello, decía que yo la acompañaba, de esos momentos no tengo recuerdos.

Relataba que, siendo muy jovencita, creo que tenía entonces unos 14 o 15 años, nunca precisó la edad, sostuvo una relación con un joven de las cercanías de su pueblo y de esa relación nació una niña la cual le fue arrebatada, al parecer por la familia del joven, jamás volvió a tener conocimiento de ella. Desde ese momento su estadía en su hogar fue difícil y de mucho control; ella era de un carácter fuerte y rebelde (lástima que ese carácter fuerte se perdiera con los años, nos hubiera ayudado muchísimo en diversas circunstancias, sobre todo en su última relación de pareja).

Un día, al salir sus padres hacia una feria agropecuaria para intercambiar sus productos y vender ganado, dejaron la casa bajo el cuidado de una tía paterna quien era descrita por mi madre como una mujer autoritaria y malgeniada. Al parecer tuvieron un fuerte altercado y la tía la golpeó a lo que mi madre respondió cogiendo una peinilla para darle un planazo, con tan mala suerte que la peinilla se le volteó y terminó haciéndole un corte a lo largo de la pierna; ese día abandonó su hogar, su familia y su tierra para comenzar a deambular por territorios que a lo largo de su vida se le mostrarían hostiles y crueles. No fue fácil su vida.

Contaba ella que deambuló por varios departamentos hasta llegar a San Agustín, Huila. Lo más probable es que allí conociera al que sería mi padre y con quien más adelante se vino a radicar en la ciudad de Cali. La suerte no la abrazó, se enamoró de un hombre mujeriego e irresponsable, se perdía los fines de semana entre el licor y las mujeres y cuando regresaba a casa sólo lo hacía para llevarse lo que había

producido ella en sus ventas diarias como vendedora ambulante. Así llegué yo a una familia en la cual el padre era ausente, doblemente irresponsable y mi madre amargada por el dolor del abandono y las necesidades básicas sin cubrir. Cuando yo tenía 16 años en un enfrentamiento con ella, le reclamé por el hecho de que no me hubiera dejado en manos de mi padre, a lo que ella me respondió: \_ ¿para qué? si te hubieras muerto de hambre. Cuando naciste, tuve que salir a trabajar el tercer día para comprarte leche y algo de comida para mi-, nunca jamás volví a reclamarle, ese día vi el verdadero rostro de quién había sido el hombre que me engendró.

Casi a mis dos años nació mi hermanito, nunca supe su nombre, ella jamás lo pronunció, murió a los seis meses de nacido, mi madre le adjudicaba su muerte al mal de ojo (siempre pensé que si el bebé hubiera sobrevivido nuestra vida hubiera sido diferente), decía que era un niño muy hermoso, muy blanco y de ojos azules, como los de mi padre. Imagino que la muerte del bebé fue el detonante para su separación, antes de que yo tuviera los tres años, ella decidió buscar otros senderos.

De esa época tengo recuerdos semi dulces, semi amargos. Mi madre era una trabajadora y luchadora incansable, vivíamos en una habitación, en una de esas antiguas y enormes casas de inquilinato, con 10 y hasta 14 habitaciones, cada una de ellas habitada por una familia, estaba ubicada cerca del Barrio Obrero ( muy de moda por estos días en su centenario). Ella trabajaba en un restaurante y debía estar allí antes de las cinco de la mañana, cuando podía llevarme con ella me levantaba; aún recuerdo el agua helada sobre mi cuerpo y cómo sentía el chorro en mi cabeza como témpanos de hielo a esa hora de la madrugada, y a mi madre bañándose apresuradamente para llegar a tiempo. Confieso que lo gratificante era cuando ella, en un rincón de la cocina, me pasaba una taza de chocolate caliente, después de las siete de la mañana, con un "trasnochado", era una especie de almojábana pero con mucho queso y muy harinoso, me encantaba diluirlo en el chocolate y luego cucharearlo. Los momentos difíciles eran cuando no podía llevarme y me dejaba encerrada todo el día en el cuarto (muy común en esa época por parte de las madres que trabajaban y no tenían con quién dejar sus

críos), me dejaba algunos alimentos, realmente muy pocos, y una bacinilla para hacer las necesidades. Pero como siempre hay ángeles a nuestro alrededor, nunca olvidaré a una mujer negra, alta, ya cuarentona, lamentablemente no recuerdo su nombre, vendía cocadas en el centro y también dejaba a sus hijos encerrados, pero llegaba más temprano que mi madre, ella de manera rápida preparaba la comida: arroz con coco y pescado frito, y sin falta alguna, me pasaba por debajo de la puerta de madera que era de dos naves unidas por un grueso candado- un delicioso plato de comida, yo le guardaba a mi madre. Siempre recuerdo con cariño y agradecimiento a esa noble mujer que compartía con nosotras sus alimentos. De veras, son recuerdos bonitos.

Como siempre el corazón busca el amor y los brazos de donde aferrarse, mi madre volvió a creer, volvió a soñar y quiso formar de nuevo su familia. Se unió a un hombre machista, acomplejado (le daba vergüenza que supieran que yo no era su hija, él no se podía permitir que las personas murmuraran que se había

unido a una mujer que ya tenía una hija, y me obligó a llamarlo padre y a pedirle la bendición, de esa manera me hacía pasar como su hija y evitaba la vergüenza), el machismo y patriarcado de este hombre era tal, que ella no podía salir a la calle, él traía el mercado a la casa y todo lo que se necesitaba, nadie podía llegar de visita si él no estaba y menos aún, si era un hombre, si ella incumplía esa norma y él se enteraba, era castigada, con patadas, puños, correazos y hasta plan con una peinilla que siempre tenía debajo del colchón de la cama. Sólo una vez me atreví a defenderla, era la primera vez que la golpeaba en mi presencia, me pegó tan salvajemente que nunca más lo volví a intentar, yo tendría cerca de cinco años.

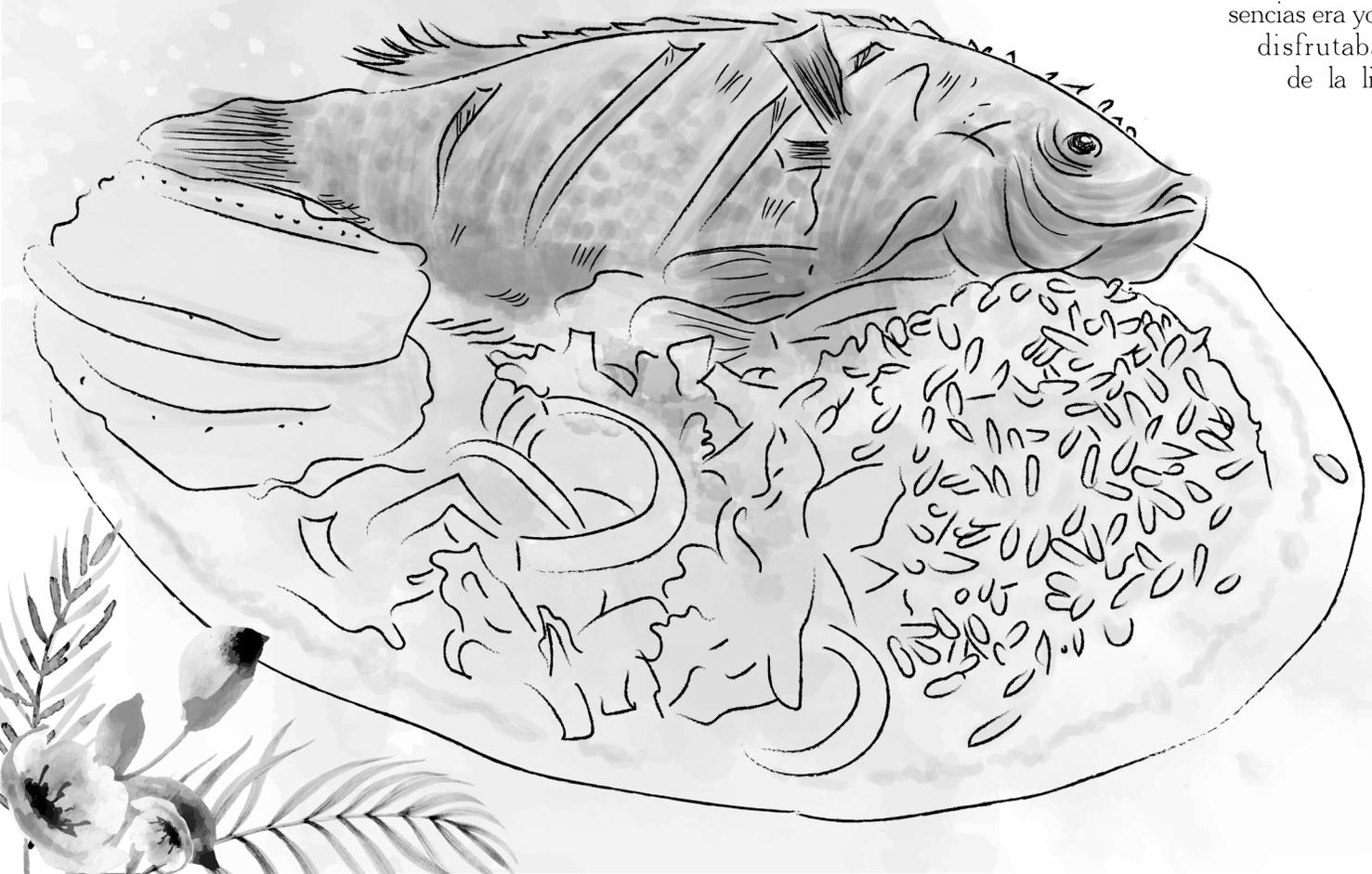
Mi madre siempre mostró un carácter duro, conmigo fue fuerte; me he preguntado qué hizo que se doblegara tanto, que fuera tan sumisa, que soportara incluso todas sus infidelidades, porque tampoco se salvó de esa situación; su compañero, aunque llevaba comida a la casa, se embriagaba y generalmente se perdía los

fines de semana y eran muy reconocidos sus amoríos en la vecindad. Debo

confesar que la única que disfrutaba enorme-

mente sus ausencias era yo,

disfrutaba de la li-



bertad que podía lograr, no me sentía amenazada, no tenía temor, podía jugar con otros niños y niñas olvidando al hombre que maltrataba a mi madre; lo malo de esto era que cuando regresaba de sus ausencias, si la comida que se le servía no era de su agrado, le tiraba a los pies el plato y comenzaba a golpearla nuevamente. En numerosas oportunidades ella intentó separarse, recogía sus pertenencias me tomaba de la mano y se escondía por meses, pero él la buscaba y ella lo perdonaba de nuevo, las actitudes de él no cambiaban, volvía a lo mismo, los golpes, borracheras e infidelidades, y yo, en la mitad, recibiendo también golpizas y acosos, y mirando con dolor y miedo los golpes sobre su rostro y su cuerpo.

Tenía yo diez años cuando le dije que por favor nos fuéramos lejos, ella me replicó preguntándome de qué íbamos a vivir, yo le contesté que las dos trabajaríamos, entonces muy disgustada me dijo: cuando venga tu papá, es decir él, voy a contarle que te quieres marchar, que está muy aburrida con nosotros. Esa tarde me fui a la Iglesia de Jesús Obrero a pedirle a Dios que mi madre olvidara el episodio y no le contara lo que yo le había dicho, el Señor me hizo el milagro, de lo contrario la golpiza hubiera sido terrible. Nunca mis labios volvieron a insinuar algo similar.

Ella es la mujer que yo recuerdo, a quien quise ayudar mucho y no pude, a quien quise decirle alguna vez que me dolía su dolor y no lo hice, a quien quise defender y me faltó valentía, pero me sobró miedo porque el temor me paralizaba; a quien quería decirle que la quería, pero no me salieron las palabras, los tiempos se nos acabaron, y el momento nunca llegó.

Cuando tenía yo dieciocho años me vi obligada a abandonar la casa, me marché con dolor, con miedo de dejarla sumida en su destino del que se negaba a salir, me fui con la esperanza de luego rescatarla de su existencia y otorgarle una vida libre, segura, tranquila, pero no llegó ese momento. Nunca más volví a mirar su rostro, sé que siguió su círculo de dolor, maltrato e infidelidades, prácticamente hasta sus últimos días. Se fue a muy temprana edad, sesenta y cinco años. Muchas veces la culpé de las vicisitudes que tuve que vivir; pasó mucho tiempo antes que yo entendiera que ella también había sido una víctima y no me podía defender.

Hoy puedo decirle a través de este relato, que deseo fervientemente que en el lugar en el que se encuentre, tenga paz, felicidad y el amor que no logró aquí, en esta tierra, quiero también que me perdone las lágrimas y los momentos dolorosos que vivió por culpa de mi partida. Espero que con el tiempo haya entendido que era lo mejor. Hoy a través de este relato quiero que sepa que la quiero y que mis brazos la arropan fuertemente en la inmensidad.

Libia, ese es el nombre de mi ancestra, no era su nombre verdadero, pero era con el que le gustaba que la llamaran. Así, simplemente Libia.



# Los frutos de la tía Hermencia

Por: **Marta Cecilia Salas Vargas**

Ella era una mujer que tenía un corazón de oro. Era la hermana menor de seis hermanos. Dos hombres, cuatro mujeres. Una mujer campesina a quien desde muy niña le correspondió hacer los trabajos de la casa. Debía atender a sus hermanos, tíos, primos y quienes llegaran a casa, y además de eso, ayudar a las labores del campo. Le gustaba sembrar frutas desde muy pequeña, las cuidaba con amor y aprendió a trabajarlas.

Cierto día, al ver que solamente era tenida en cuenta para servirle a los señores, decidió que ese rumbo de su vida debía cambiar, comprendió que ella no había nacido para estar sirviéndole a los hombres, que tenía que ser alguien en la vida, y desde ese día se reveló y encontró en las frutas la libertad, la forma de vencer el yugo del trabajo doméstico al que nos destina el patriarcado. La tía Hermencia empezó vendiendo fruta en cantidades pequeñas, lo hacía en el jardín de su casa, ya que ella vivía sobre una vía panamericana en el Patía. Posteriormente, comenzó a vender al por mayor, enviando camiones llenos de fruta a la capital. De este modo, la tía Hermencia se convirtió en una de las fruterías más reconocidas de la parte sur del Cauca.

La reconocida frutera era también dedicada a su familia, jefa de hogar y valiente. Ella decidió no casarse ni tener hijos. Dedicó su vida a ayudar en la crianza de sus seis sobrinos y sobrinas. Logró sacarles adelante y ayudar en sus estudios. También construyó su casa, organizó y amplió su finca y dejó a su familia una herencia en vida. Fue una mujer que, a pesar de sus pocos estudios, era muy inteligente y querida por todos y todas, debido a su especial forma de ser. Ella no se olvidaba nunca de las fechas especiales y cuando menos pensaba llegaba a nuestra casa de sorpresa y con muchos regalos para todas y todos los sobrinos. Nos enseñó que debíamos estudiar, nos acom-

pañaba e impulsaba a ser profesionales, porque siempre decía que la vida del campo no era fácil. Se sentía muy orgullosa de nosotros(as).

Por otro lado, la tía Hermencia era muy reservada; tuvo un novio durante 20 años, se querían mucho, pero ella estaba más interesada en su trabajo y en ayudar a su familia y por ello nunca contrajo matrimonio con él. Ella también tenía poderes de sanación, curaba de espanto y de mal de ojo a los niños y niñas y la gente le tenía mucha fe.

Su muerte fue muy triste para nosotras porque con ella se nos fue una gran parte de nuestra vida, aprendimos mucho de ella, ya que se empoderó, dejó de ser sumisa en la casa y decidió que los hombres no la vieran como alguien que debía estar a su servicio ni en labores de cuidado. Hoy agradezco a la tía Hermencia y a su venta de fruta, pues nos llevó a nosotras, sus sobrinas, a ser empoderadas y tener mejores condiciones económicas para una vida digna.





# Una monja para la historia de Colombia

Por: Diana Marcela Lizcano Pérez

Se levantó temprano en la mañana antes que despuntara el sol y como de costumbre agradeció a Dios por el milagro de vida, y un padre nuestro fue su primer pensamiento. Se detendría en esa parte que reza la oración “PERDONA NUESTRAS OFENSAS COMO TAMBIÉN PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN” quizás haciendo recuento y orando por los que han causado daño y dolor ahí en Trujillo, en donde iniciaba el día la Sor de la memoria que rompe los esquemas de la tradición católica.

Siendo las 10:00 a.m. de un 27 de julio del 2019, Trujillo nos acaricia con una brisa familiar que se cuela por las ventanas del gran salón del “Parque al monumento”. En el reflejo del espejo asoma una mujer de 74 años, piel blanca, cabello corto con canas, baja estatura, un brillo en sus ojos, lideresa de nacimiento. Ella es la hermana Maritze Trigos Torres, nacida en Ocaña, norte de Santander, proveniente de padre campesino y una madre intelectual. Desde pequeña aprendió la irreverencia, la lucha contra la opresión y por quienes más lo necesitan, es por eso que unos años después toma la decisión de ser monja, para seguir trabajando por quienes se denominan menos favorecidos(as).

En medio de su narrativa, hace hincapié en que su familia no le creía la decisión que había tomado, porque desde muy pequeña le gustaba el baile, también irrumpir el orden de las cosas, razón por la que, al principio, se mostraron escépticos(as) frente a esa decisión. A sus 17 años accedió a un intercambio entre monjas latinoamericanas y Europeas en Turenne (Francia), lo que le permitió reforzar más sus conocimientos y creencias, sumergiéndose en lecturas de historia, filosofía, literatura y de teología de la liberación. Se acercó a autoras como Simone de Beauvoir, a Camus,

Sartre, y otros autores que acrecentaron su lucha, y su convicción de trabajo por quienes han sido silenciados(as), olvidados(as), vulnerados(as) de las revoluciones latinoamericanas, de las víctimas de las guerras, y del conflicto político armado en Colombia que ha sido el de mayor duración en Latinoamérica.

Después de vivir diez años en Francia, regresó a Colombia, y con su experiencia de vida, inició una lucha en este país encantado y a la vez desencantado por la violencia que se desarrollaba en su territorio. No obstante, Maritze decide ser parte de esta historia, como símbolo de resistencia y cambio. Fue excluida de la iglesia por sus pensamientos disidentes, puesto que quien pensara diferente a los designios de Dios y Roma era considerado(a) como guerrillero(a). Tal vez su retiro era merecido por no tragar entero y manifestar sus ideas en oposición a la política del país, la economía y los abusos de poder de cada uno de los estamentos institucionales.

Su decisión de vida le dará herramientas para seguir desarrollando sus proyectos sociales, y empieza a trabajar en barrios vulnerables en ciudades como Bucaramanga, Bogotá y finalmente en Trujillo (Valle del Cauca). En el caso de Bogotá contribuyó con el trabajo comunitario impulsando entre diferentes jóvenes procesos de formación política en derechos humanos, lo que da lugar al grupo juvenil “los hijos del pueblo”. Al cabo de los años, llegó al barrio Carbonell y desde las juntas de acción comunal lideradas principalmente por mujeres, incentivó la creación del grupo de mujeres conocido como “taller mujeriego”, con quienes, con conciencia política miraban críticamente su contexto y luchaban por un país en mejores condiciones.

Con el tiempo, pudo realizar de nuevo sus votos, esta vez, ya no seguiría los preceptos de la iglesia *“mis votos de pobreza, obediencia y castidad según las constituciones de las hermanas dominicas para vivir y morir al servicio de la Iglesia en el ejercicio de la caridad”*, sino que, de acuerdo a su filosofía de vida y el camino que había decidido emprender, sus votos eran *“para vivir y morir al servicio de los empobrecidos de nuestra sociedad a causa de la injusticia y para vivir en el amor”*.

Para el año 1988, nace la comisión intercongregacional de Justicia y Paz, que se encontraba integrada por miembros de 24 congregaciones religiosas, a la cual se integra con el objetivo de luchar por los derechos humanos, desde la construcción de proyectos que buscaban defender a las comunidades de los atropellos del Estado y los grupos al margen de la ley.

Entre los proyectos que surgieron estando en la comisión intercongregacional, surge el de Trujillo al cual le ha apostado desde hace 18 años, como un lugar para generar espacios de Fraternidad, utopías que sean los horizontes de una realidad diferente desde la construcción de memoria histórica colectiva, aquella memoria que mantiene viva las luchas generacionales y la importancia de los procesos sociales de lucha colectiva.

Trujillo es un municipio que ha sido golpeado por la violencia, así como también ha sido un lugar donde no se ha permitido que muera la memoria. Se siguen construyendo caminos para una paz estable y duradera, sin importar los hostigamientos, los insultos y las amenazas a quienes luchan por mantenerla viva. Para Maritze y los demás habitantes de este territorio es importante aventurarse, y sobre todo seguir escribiendo la historia de quienes fueron vencidos(as) y derramaron su sangre en cada rincón de este lugar.

El parque al monumento es un lugar que permanece abierto gracias al compromiso y trabajo arduo de esta mujer luchadora quien ha acompañado las labores de AFAVIT, Asociación de familiares de víctimas de Trujillo desde 1998, así como a las comunidades víctimas del conflicto en varias regiones del país.

Este parque es un símbolo de la memoria, rodeado de varios senderos y mausoleos donde se encuentran los restos del Padre Tiberio, aquel personaje ejemplo de transformación y persistencia, así mismo se hace homenaje en él a otras víctimas, tales como campesinos, comuneros, y matriarcas. Cada lugar y sendero nos recuerda la historia del conflicto político armado, no solo en Colombia, sino en Latinoamérica. En este espacio, quienes murieron renacen, con flores, jardines, y un color azul en el cielo, haciendo un llamado a no olvidarles, porque la memoria es el camino para la justi-

cia, y es una lucha contra la impunidad. Es el lugar donde las y los muertos exigen desde sus historias de lucha, libertad para nuestras mentes, cada escultura, cada epitafio nos interpela y cuestiona nuestro papel político y social en este país.

El rol de Maritze Trigos, junto a las demás mujeres en Trujillo, ha sido impactante. Muchas de ellas habían sido víctima de torturas, violaciones y otros vejámenes, razón por la cual optaron por organizarse desde la perspectiva feminista. Desde la creación de AFAVIT, le han apostado a la promoción y reivindicación de los derechos de las mujeres. Las mujeres han sido figuras emancipadoras y libertadoras, el motor, y la vida de esta organización. Reconocidas por ser las matriarcas de Trujillo y seguir en esa dinámica de transformar el territorio por lugares donde prime la vida, sin distinción de clase, género, color de piel e ideologías.

Actualmente, Maritze con una sonrisa en su rostro, sigue a cargo de este parque, donde a diario recibe visitas de instituciones educativas, universidades y demás organizaciones interesadas en aportar y aprender para seguir construyendo el tejido social, desde la solidaridad, fraternidad, los recuerdos vivos, la conciencia, el dolor, la verdad, la justicia, la lucha contra la impunidad, por la reparación, la visibilización de las y los vencidos, la empatía que nos lleve a reconstruir esas historias y, sobre todo, mantener el grito de reconciliación y fuerza para un país que tanto lo necesita.

Esta mujer nos recuerda con cada palabra que pronuncia cuando recibe a quienes visitan el parque, que con cada historia de lucha de quienes han muerto en este conflicto, el país todavía necesita gente que se la guerree, que se la luche, porque es importante creer en los cambios y arriesgarse a transformar esta sociedad. Desde la memoria, esa es la posibilidad de mantener viva nuestra historia para así, reconstruir el tejido social. En palabras de Maritze, el secreto está en: “¡Resistir, persistir y nunca desistir!”

*Las picas, las palas golpean la tierra  
Excavan profundo, exploran el suelo,  
hay manos que buscan los cuerpos perdidos,  
como agricultores buscan las raíces,  
raíces de vida, cuerpos mutilados.  
Trini, Cecilia, Ludibia y María Cano esperan perplejas,  
raíces de sus vientres,  
Es semilla- hijo, es semilla- esposo,  
Es muerte- semilla, es semilla- amor,  
¡oh tierra! Que guardas dolores y llantos.  
Son los huesos secos, testigos de torturas,  
¡son huesos humanos que hablan de dolor!  
¡Es crueldad salvaje, manos asesinas!  
Solo la caricia, llena de ternura.  
Trasciende la muerte, recupera la vida.  
Es la fe en un Dios que habla de infinito.*

*¡Es memoria, es resurrección!  
Son restos mortales que hablan de una historia,  
Semilla. Hijo, semilla. Madre, semilla- esposo,  
Son raíces humanas que piden justicia hoy.  
Trujillo, junio de 2002  
Por Maritze Trigos*





# Tejiendo mis Ancestras [1]

Por: Nancy Yenny Velasco

En las siguientes líneas intento en medio de tramas y urdimbres, tejer las historias de vida de mi abuela, mi madre y la mía. El objetivo, caracterizar nuestras vidas como misak y con ello esbozar contextos históricos provistos de elementos sociales, culturales generacionales, importantes en el entramado de mis resistencias. El hilo narrativo no es estrictamente cronológico, donde estaría en primer lugar la historia de mi abuela, luego la de mi madre y por último la mía, sino que es un relato que conecta ideas, momentos, lugares y personas, de manera no lineal en el tiempo.

En 1983 mi abuela, Mercedes Salazar Claros o como cariñosamente le decía Mamá Mechita, cuidaba de mí, mientras mi madre pasaba el postparto de mi hermana menor Nery Beca[2]. Estas primeras memorias me llevaron a tejer el curso de mi existencia en la vereda el Cacique, resguardo[3] indígena de Guambia, municipio de Silvia, Cauca. Esos tiempos de convivencia con mi abuela fueron trascendentales, porque de ahí atesoro mis primeras memorias donde aprendí que la historia se construye recorriendo el territorio, acariciando la tierra como un ser vivo en comunidad con la gente Piurek[4].

## Mama mechita

María Mercedes Claros o mamá Mechita, nació un 08 julio de 1920 en el Municipio de Caldono. Según mi madre, era una familia que huyó de la violencia bipartidista,[5] por tanto eran desplazados desde Dosquebradas, Risaralda. Ya en el Cauca, su padre José Salazar y su madre Leticia Claros encontraron un lugar para forjar una vida acomodada, con tierras, cabezas de ganado y trabajadores, condición que en la época era sinónimo de prosperidad económica. Sin embargo, como muchas mujeres, mi abuela no fue a la escuela lo que tiempo después fue aprovechado por los administra-

dores de su finca, quienes la despojaron de lo que fuera su herencia.

A los 16 años se enamoró y tuvo su primer hijo a quién llamo Ernesto. Fue una relación que no funcionó, por tanto ella decidió atender la solicitud de matrimonio de un comerciante misak que venía desde Silvia a vender productos agrícolas puerta a puerta. Fue así como ella se alejó de su familia en Caldon, dejando a sus padres y a su primogénito con su ex pareja para radicarse para siempre en la vereda el Cacique.

Ya en Guambia, mi abuelo heredó un pequeño terreno dentro del resguardo y al cual llamaron “El Alto”. El lote generaba algunos ingresos que eran comercializados en la parte baja o tierra caliente. De esta actividad dependía la familia, que ahora estaba conformada por: Julio, Adeldo, Aura, Evangelina, Jesús, Rosalba, Carlina, Fermín, Manuel y Georgina. Sin embargo, dada la precariedad de tierra y el número de integrantes, apenas ellos tenían la edad para vender su fuerza de trabajo, salían de la casa a buscar el sustento individual.

El fallecimiento de mi abuelo Pedro Masagualli, cuando mi madre tenía tan solo cuatro años, significó para mama Mechita heredar el terreno, algo no muy común en la época, ya que la tierra siempre estaba en manos de los hombres. Poco sabía sobre su administración a pesar de que siempre la había sembrado.

Convertirse en madre cabeza de hogar implicó doblar sus jornadas en busca de formas para generar ingresos dentro del resguardo. Estas estaban ligadas por un lado, al oficio de jornalera en las haciendas de otros misak[6]. Ahí apoyaba por días, en extensas jornadas e indiferente a las inclemencias del clima. En las tierras de sus vecinos, hacía labores de sembrando, arado, deshierbado, cocinaba o cuidaba animales. Tareas que antes hacía con el abuelo y en compañía de alguno de sus hijos o hijas pequeñas. Por otro lado, la mano de obra en la confección de textiles a domicilio era otra forma de generar ingresos para las mujeres. Ahí los hacendados misak cercanos, hacían trueques por entrega de productos terminados, convirtiendo sus casas en pequeños talleres donde se tenía el telar y no perdía de vista a la artesana. Por ejemplo en la producción de una cobija el tiempo requerido en su elaboración podría tomar

un mes, teniendo en cuenta que se debía realizar todo el proceso de producción del textil. Además se le ofrecía la comida, pocas veces se permitía llevar los tejidos a la casa de la tejedora ya que existía la desconfianza de perder la materia prima o la no terminación del producto.

Es necesario recordar que hacia los años 60, el trueque era la forma de transacción más común entre los misak. Por este medio, se obtenían semillas, saberes, animales, especies. Se trata de una tradicional forma de cooperación que, a través del intercambio de raciones consensuadas, acción producto de una regulación social, promovía la circulación de producto de diferentes climas y de comunidades vecinas. Así lo constata el relato de mi madre en el que se evidencia que el trueque era usado por el cultivador quién compartía una parte de la producción de sus terrenos, con quienes aportaban su trabajo en el proceso de cultivo.

Esta práctica, no se puede traducir como una forma de pago, en la medida que caeríamos en un anacronismo conceptual o en un análisis que nos lleva sin duda a conclusiones derivadas de un sistema de explotación capitalista. Es decir, desconocemos entre otras cosas cuáles eran las condiciones de equivalencia en el proceso de intercambio, cuáles eran las condiciones que implicaban el trabajo femenino y si existían relaciones de subordinación.

El trueque entonces, generaba y promovía una cadena de distribución de productos de diferentes pisos térmicos. Los productos recibidos en las haciendas, eran a su vez, redistribuidos en otros hogares de la comunidad. Así lo veo ahora en mis recuerdos con mi abuela, ya que siempre en las visitas a una familia, llevábamos una jigra cargada de productos, en su mayoría comida, papa, cebolla, ollucos o plantas, esto ligado a la costumbre de no llegar con las manos vacías. En la misma dinámica el anfitrión hacía un compartir recíproco de huevos, queso, carne o en su defecto semillas, generando un ciclo y un variado abastecimiento de alimentos propios.

Considero que las mujeres son un pilar fundamental en la dinamización de las economías propias y no propias ya que en la práctica de comercializar productos han generado una cir-

culación de los productos de diferentes pisos térmicos y estos a su vez los ponen en circulación en las grandes ciudades cercanas al territorio de base, como una forma de activar las economías étnicas fuera de los territorios.

Sin duda, los tejidos al ser parte activa en el ciclo de vida de las mujeres, tienen un papel preponderante en el ejercicio de dinamizar la economía. En la medida que los tejidos hacen parte del contexto en el ciclo de transformación los productos agrícolas de materia prima a objeto terminado, y a la par con éstos, van adquiriendo su condición de objeto social. Es decir que con el intercambio de los productos agrícolas los tejidos van adquiriendo un valor más allá del uso, y valor de cambio. Así mismo lo considera Arnold cuando plantea que “existe una articulación estrecha entre el textil como objeto con las actividades humanas en su elaboración y uso lo que lo convierte en un eslabón vital en toda esta red de procesos de socialización, como un sujeto en el mundo”. Quiero ejemplificar el enunciado expuesto con un objeto característico de la generación de mi abuela como lo es, la jigra.

Los tejidos de mi abuela, no eran objetos de comercialización. Por tanto –ruanas, chumbes, mantas, jigras – eran ligados a una economía de los cuidados y los afectos, el cual hace referencia a la “gestión y mantenimiento cotidiano de la vida y salud de las personas” (Pérez 2009). Según cuenta mi madre, eran objetos que suplían necesidades domésticas o eran obsequios que denotaban expresiones afectivas hacia sus seres queridos. Sin embargo, con el paso del tiempo el tejido adquiere categoría de mercancía en la medida que de ella existe una rentabilidad que genera ingresos, dada la precariedad de la tierra y la demanda de los hacendados.

### **Mi Madre**

Los años sesenta en Guambia, fueron años de efervescencia política debido al naciente movimiento indígena que se gestaba en gran parte del oriente caucano. Este movimiento tenía como bandera la reivindicación por la adquisición de derechos ligados a la recuperación del territorio. Ya que se cuestionaba que el territorio se encontrara en manos de corrientes ideológicas bipartidistas y terratenientes, quienes bajo la modalidad de una economía de hacien-

da producían un ambiente hostil para vivir. Con este panorama un 25 de octubre de 1960 en el Alto, mi abuela tuvo a su última hija, Georgina Masagualli –mi madre-. Mi tío Adelmo uno de los hijos mayores vivía contiguo a la cocina, ahí compartía con su esposa Carlina e hijos. Él recuerda que cuando había un nacimiento recorría largos trayectos para traer a la partera[7] ya que todos y todas nacieron asistidos de esta manera.

Mi tía Aura, la primera mujer en la línea de hermanos, recuerda que cuando eran muy pequeños, Mamá Mechita se ausentaba por varios días para “irse a ganar la vida”, dejando a sus hijos e hijas al cuidado de mi bisabuela, madre de mi abuelo. Ella tenía fama de ser poco amorosa y de un carácter muy fuerte. Por tanto, era muy dura en la crianza de su hijo y a su vez impartía esa dureza con sus nietos y nietas.

Mi madre creció bajo los cuidados y privilegios de ser la última, pero era testiga de los castigos a los que eran sometidos sus hermanos mayores. Sin embargo, su posición en la escala de nacimiento le daba el centro de atención con sus padre y madre. Es así como en su lecho de muerte, mi abuelo solicitó un cura y en el acto de confesión instó protección hacia su hija menor de tan solo cuatro años de edad. Es entonces cuando el padre Julio Kutter, sacerdote de nacionalidad Suiza, acoge a mi madre y la pone al cuidado de las Hermanas Lauritas que habitaban el internado,[8] fundado por ellas tiempo atrás[9]. Mi madre entonces, fue admitida y pasó allí toda su infancia y adolescencia, aunque de manera intermitente porque a veces visitaba la familia o trabajaba durante largos espacios de tiempo.

Sin embargo, y pese al aprecio reflejado por el tejido propio, su educación de niña y joven estuvo fuertemente ligada a una educación rural, duramente disciplinada en la fe católica efectuada por monjas y con un referente masculino sacerdote, lejos de su seno familiar.

A la edad de 13 años –en 1973 –en una de sus visitas, mi madre encontró a mi abuela muy enferma, lo que la llevó a tomar la decisión de dejar el internado e ir a trabajar. Las opciones no eran muchas, las opciones ligadas a la tierra decayeron debido a su baja productividad y las que sí lo eran, estaban en manos de terratenientes. La entrada de cultivos de uso ilícito trajo descomposición social ligada a guerra entre familias por el control de los cultivos. El tejido

era poco rentable así que optó por el servicio doméstico.

Viajó a Popayán, “La ciudad blanca de Colombia”, caracterizada por su tradicionalismo colonial y morada de reconocidas familias de dirigentes políticos del país. En esta ciudad, llegó donde Doña Nancy, una norteamericana perteneciente a una de las familias dedicadas a la industria azucarera[10], pero que no compartía los ideales y métodos del negocio, razón por la cual, había regresado a Colombia como una de tantas solidarias sensible hacia los procesos sociales gestantes en la época. Ello le significó renunciar a ciertos privilegios.

Cuenta mi madre que con doña Nancy logró establecer fuertes lazos afectivos, y particularmente la señora no mostraba acciones discriminatorias, muy comunes en la época. Trabajó con ella durante tres años en el cuidado de su bebé, con quién a la par aprendió algo de inglés. Tiempo después, mi madre decidió retomar sus estudios en el colegio Agropecuario Guambiano. En honor a dicha señora llevo mi primer nombre, Nancy.

Al escudriñar las memorias de mi madre, éstas denotan precariedades económicas, afectivas, pero de una óptima calidad educativa, así como también expresa acciones transgresoras, tales como el irse del internado y regresar, cosa que no era sencilla, además, señala que a la edad de veinte años, 1980, huyó del resguardo al verse comprometida en un matrimonio arreglado con mi padre biológico Julio Velasco. El estar esperando una bebé sin contraer matrimonio significó un hecho retador para la orden misionera que la había formado. Además, estos hechos generaron una sanción social por parte de la comunidad hacia mi madre provocando vergüenza y la desilusión del padre Julio.

Mi madre, al irse de su territorio huyendo de su convenido destino, se casó en 1984 a los veinticuatro años, con un hombre del pueblo Nasa, José Miguel Beca, mi padre no biológico, a quien conoció a la edad de ocho años cuando venía a visitar a mi tía Carlina, la octava en el orden de nacimiento y quien desde niña vivía por fuera del resguardo. Dice mi madre que fue amor a primera vista y que él siempre andaba corriendo con los pies descalzos para ir a saludarla cuando la veía. Se casaron en 1984 en la iglesia Bello Horizonte en Popayán, ese día se

realizó el bautizo de mi hermana quien tenía ya un año, mientras yo tenía cuatro y vivía con mama mechita.

Manifiesto que pocas veces vi a mi madre tejiendo, pero siempre hacía bocetos de flores y con gran maestría pintaba en diversidad de colores. Ahora comprendo que eran modelos utilizados para la realización de bordados en tela y que seguro, aprendió en el internado. Aunque no tejió por muchos años, mi madre ejerció el oficio de modista y sastre por tanto su vida giraba en torno a hilos y agujas.

El paso por el internado hizo de mi madre una mujer disciplinada, con un carácter autoritario gran autonomía y muy voluntariosa. Autodidacta en diversos oficios – agricultura, tejido, ebanistería, bordado, zootecnia, enfermería-aprendizajes que le permitieron generar ingresos adicionales.

El tejido en croché y la técnica del bordado fueron los más intensamente instruidos por las monjas, aunque no eran de los preferidos de mi madre. Cuenta que el bordado era una tarea dispendiosa y minuciosamente revisada diariamente y que al final de año se presentaba la obra terminada. Así pues, ella aún conserva un mantel con diseños de flores de múltiples colores. La tela base es en un paño especial y tiene una marcada finalidad ornamental, ya sea como mantel de mesa o sábana para la cama.

## Yo

En principio un esbozo de mis primeros años con mi abuela en “El Alto” reflejan que soy una mujer de pishi -frio- Paramo e hija del agua. Ahora quiero detenerme en una parte de mi vida en la que ilustro parte de mi niñez, adolescencia y adultez, mayoritariamente vivida en el Valle del Cauca, Municipio de Jamundí. Este lugar hace de mí una mujer de tierra pachik – caliente-. Ello para que el lector o lectora haga un referente de la mezcla de culturas diferentes a las de origen y que va forjando un entramado de identidades colectivas que es reflejo de la historia de muchos indígenas que salimos de nuestros territorios, pero que continuamos recuperado la voz de nuestros y nuestras ancestros.

Corría el segundo semestre de 1991 en Colom-

bia, y entre las páginas de los periódicos colombianos de la época,[11] anuncian la nueva Constituyente como una esperanza de inclusión social. Sin embargo, esa misma prensa señala también una férrea oposición, debido al temor de que el carácter de sujeto social que ahora tienen las poblaciones indígenas, conlleve a cambiar el sistema identitario tradicional colonial blanco-mestizo hacia un de Estado Social de derechos, pluriétnico y multicultural.

Fue la situación económica decadente del departamento Caucaño, lo que hizo que mis padres se movilizaran hacia el Valle del Cauca, siendo Jamundí el espacio geográfico y sociológico donde crecí. Jamundí fue el lugar donde a mis diez años, inicié mis cuestionamientos sobre mi identidad. Inicialmente ello dependía de mis rasgos físicos –cabello, estatura y tono de piel–, pues éstos no contrastaban con los de los niños y niñas del entorno, quienes en su mayoría eran de rasgos afrocolombianos o mestizos. Es al ingresar a la Universidad del Valle con condición de indígena, cuando se afianza el interés por estudiar o escudriñar cuál era mi matriz cultural.

Ya en mi adultez, a la edad de 23 años, regrese al territorio principalmente la vereda El Cacique asaltándome la duda respecto a mi pertenencia. ¿Era yo una Vallecaucana por crecer en Jamundí, tierra plana, caliente y salsera o era una mujer originaria misak de montaña, páramo, hija del agua, con unas tradiciones culturales andinas diferentes al espacio habitado? Es decir, la pertenencia hacia mi etnia fue en mi infancia innecesaria, durante la adolescencia confusa y ya en la adultez clamada por ser estudiada y reconocida en sus altibajos del trasugar geográfico social al que, sin querer, me habían sometido, pero que ya estaba comprendiendo gracias al lenguaje natural de los tejidos. Entonces, en este enrollar y desenrollar de mi vida y mientras estaba en Jamundí, apareció casi fortuitamente, una manta tejida por mi abuela y mientras conversábamos de temas diversos, en ella según mi madre, se develaba la forma que mi abuela tenía de comprender a la familia en su amplitud. Ese momento es sin duda, la catapulta a las investigaciones venideras, pues dicho tejido correspondía a una narración que configuraba significaciones filosóficas que habían permanecido guardadas – durante treinta años–, en un viejo guardarropas. La his-

toricidad[12] pasaba desapercibida porque solo era un recuerdo material que compartimos con mi madre. Solo pudo volver a la luz, cuando decidí revisar los elementos textiles misak que estaban dentro de mi casa. El legado que posteriormente me explicó mi madre resultó revelador y me orientó hacia el lugar de mis memorias familiares.

Las memorias elaboradas con nuestra conversación, permitieron comprender el inicio de lo que sería el sentido que para ella cobraba el pasado, un pasado cargado de mucho amor y cuidado, pero también de mucho dolor, dureza y resistencia. Logré acceder no solo a mi historia como misak, sino también como mujer, como hija, nieta y a tejer mis sentidos a la pertenencia de un territorio ligado a su cosmovisión y cosmoacción.

La manta que mi abuela dejó como herencia, daba no solo un sentimiento de apego, sino que también pasaba a ser significativa de múltiples sabidurías geoestratégicas y geopolíticas – ríos, piedras, árboles, caminos, lomas –. Explicaba relaciones sociales de jerarquía en la familia, roles de género. La manta también señalaba prácticas cotidianas que según el tiempo cronológico del día cifraba un mensaje en relación al retorno que mi madre y sus descendientes debían realizar algún día.

La tertulia entonces, me convenció de una urgencia: “refrescar”[13] la memoria guardada en las múltiples formas de vivir de las mujeres misak específicamente en los tejidos. En ellos existen relatos sobre el pasado, el presente y el futuro de la familia lo cual repercute en la comunidad. Se exponen, además símbolos ilustradores de la historia del territorio, lo cual no está sistematizado, o se menciona de manera superficial.

Leer los tejidos de mi abuela, a la luz de un proceso histórico comunitario, me permitió llegar a reflexionar en torno a un cruce de recuerdos, conceptualizaciones, pero sobre todo dejar de ser hebra suelta y volver a tejerme en territorio. El mismo que la comunidad viene forjando en pro de la concepción de territorio libre, comunitario, bajo un sistema mayoritariamente de trueque en oposición hacia un territorio que transitó hacia los procesos acumulativos del capital y cuyos efectos destejieron sobre los



cuerpos de las ishuk misak.

Para finalizar, los tejidos cuentan con ciclos de vida, mismos que se van generando de la experiencia cotidiana. Ello lo podemos evidenciar mediante un análisis intergeneracional. Por tanto, en las tres generaciones enunciadas existe una constante transformación en el uso y valor que se le da a los tejidos y que en efecto es un reflejo de los cambios socio culturales, políticos e ideológicos. Sin embargo, hay una trasmisión de conocimientos que se ancla en procesos de territorio y los tejidos dan cuenta de ello, en la medida que problematiza una selección de lo que se transmite.

En el tránsito generacional se gestan cambios en el territorio, tales que promueven un empobrecimiento que rebasa lo económico y que se convierte en un factor que obliga a las mujeres a buscar otros mecanismos que les permitan generar ingresos. Uno de estos es comercializar sus expresiones de amor y de cuidado y que se ha denominado artesanías.

En la generación de mi madre hay una gran influencia desde la educación impartida por monjas quienes a través de la especialización en técnicas y oficios como el bordado y el tejido en croché caracterizaron una generación con el fin de fomentar una economía familiar. Desde la autodidactica en el aprendizaje de otros saberes y oficios se busca generar la producción de mercancías más allá de la fuerza de trabajo. Ello produce una dependencia hacia la búsqueda de un salario fuera del territorio y destejido del mismo.

En mi generación existe una diversidad de tejidos con elementos que hacen un híbrido de colores, técnicas y una renovación en los procesos de producción, teñido e innovación de los diseños. Lo anterior en una carrera contra la mercantilización de los tejidos y la apropiación cultural. Esto puede ser la analogía de lo que implican los procesos modernizadores o la deconstrucción del individuo.

Sin embargo, las formas de resistencia de nuestras ancestras, encontraron formas estratégicas de permanecer y trascender en el tiempo. Uno de estos espacios de salvaguarda son los tejidos en cuyos vehículos de la memoria encontramos la transmisión de los saberes. Los mismos

que nos permiten permanecer y pervivir en el tiempo como comunidades indígenas

---

[1] Resumen inédito del primer capítulo de tesis de Maestría de Investigación en Ciencias Sociales con Mención en Género Y Desarrollo. Flacso- Ecuador.

[2] Mi madre se casó con un hombre de la etnia Nasa y con él tuvieron una niña, en esta época ellos vivían en Balboa, sur del departamento Cauca a seis horas de donde me encontraba, estaban en este lugar por condiciones laborales. Ellos se empleaban cuidando fincas.

[3] Es una porción de territorio a favor de una comunidad o pueblo indígena, es una propiedad colectiva que surgió en los tiempos coloniales, ha tenido protección en parte por los Amparos Posesorios, las Reales Provisiones y hoy en día por las Escrituras Colectivas registradas en las notarías a favor de las comunidades- El resguardo sin embargo surgió en los tiempos coloniales (siglos 1600 a 1700) como territorio demarcado, cercado (como un corral), resguardado, como medida de la Corona para que los indios se asienten en él y de esta manera se evite el injusto y degradante atropello, explotación y exterminio al que estaba sometido la población ancestral. El resguardo indígena de guambia está ubicado en la vertiente occidental de la cordillera oriental en el municipio de Silvia, nororiente del departamento del Cauca a 40 minutos de Popayán, su capital. Su clima frío, con temperaturas que pueden variar de 5C° a 14C° es propicio para las verdes montañas que rodean el paisaje. El Municipio de Silvia es, en su inmensa mayoría, territorio indígena. Sus límites son: al norte con el resguardo de Pitayó, al sur con los municipios de Tutoró y Silvia, al norte con los resguardos de Mosoco y Yaquivá, al occidente: con los resguardos de Quizgó, y zona urbana de Silvia.

[4] Hijos del agua

[5] Colombia vive un enfrentamiento entre los partidos conservadores y liberales, estos primeros habían conseguido gran poderío durante la guerra de los mil días sin embargo será en 1930 cuando los liberales retoman el poder mediante las urnas. Es así que ambos partidos acudirán a

las armas, al presupuesto nacional, ideología y tierras en una mezcla que entre 1925 y 1955 se ha denominado La Violencia. Tomado de Alfredo Molano Bravo en Fragmentos de la Historia del Conflicto Armado (1920-2010), ensayo realizado para la comisión de la verdad.

[6] Quiero aclarar que existían misak con propiedades de vastas extensiones de tierra y a las que el terrateniente no llegó. Pero que, al estar en un sistema de modelo de hacienda con una marcada explotación de la tierra, los misak dueños de la tierra fueron implantando. Las haciendas usurpadas más conocidas son el Gran Chimán y Las Mercedes, son terrenos en la parte plana y eran lo que los misak conocen como tierra hembra, por ser las tierras más fértiles. En ello existe un registro de la forma como fue despojado el terreno y el cual describo a continuación. “Entonces llegó un blanco allá donde lo llaman El Molino y a los indígenas primero les pidió permiso. Era de nombre Matías Fajardo. Eso lo dijeron los mayores, que yo he escuchado. Les prometió que en vez de estar ustedes trillando el trigo así como están haciendo, en vez de estar jodiendo con bestias, yo les traigo máquina y les coloco para que limpien, y todo lo hacemos con máquina. Que para eso necesitaba la tierra y que le dieran permiso. La gente le creyó. Para hacerse dueño de eso ya se organizó su empresa Matías Fajardo. Decían nuestros mayores que cuando empezó a trabajar la empresa, empezaron a subir. Subieron a cacería de venado o pájaros, que iban a eso, pero andaban era engañando a la gente. Andaban por allá por lo que hoy llaman Santa Clara, por allá por el lado de Chimán ahora, y subían hasta Cresta de Gallo y ni se sabe hasta dónde, y atravesaron también para Michambe. Eso andaban calladitos y así habían hecho un croquis sin que la gente se diera cuenta. De ahí pasaron a hacer escritura”. (Muelas y Urdaneta 2005, 43)

[7] Los parteros o las parteras son médicas tradicionales consultadas durante la época de gestación, ellas son las encargadas de acomodar el bebé y dar las especificaciones para un buen parto.

[8] La vida de mi madre ligada al internado será trabajada en un capítulo más adelante.

[9] El ingreso de muchos niños y niñas y sus efectos será profundizado en el apartado de in-

tervención misionera: la llegada de las madres Lauritas al resguardo y la educación femenina.

[10] Para finales de la década de los años cuarenta, el perfil económico de la zona se hallaba fuertemente consolidada en la agroindustria de la caña de azúcar, sus principales ingenios azucareros: Manuelita, Parodiáz, Providencia, Riopaila, Bengala, La industria, Maria Luisa, Pichichi, Oriente, Central Castilla, Popayal, San Jorge, Porvenir, San Fernando, Melendez, La esperanza y El Arado. (Arroyo 2006).

[11] Periódico el país, el Espectador.

[12] En un libro publicado en 1966, *habiter le temps. Passé, présent, futur: esquisse d'un dialogue politique*, Jean Chesnaux propone que la historicidad, es decir la relación entre el pasado y el presente, se abra sobre la temporalidad, esto es, la relación más compleja que establece el presente tanto con el pasado como con el futuro (Chesnaux citado por Zubeldía 1997)

[13] Refresco para el pueblo misak es volver al equilibrio entre lo frío (quieto) y el calor (movimiento). Vivir frescos es estar tranquilos, es volver al páramo, al tejido metafórico del territorio.



# Maria Chingua una mujer de poder

Por: Kathy Elizabeth Chingua

El pensar en mi vida como mujer y como indígena, ha requerido pensar y repensar, regresar en el tiempo a mis antepasados y principalmente a mis ancestras, sin embargo, confieso que no ha sido fácil, pues los canales que me podrían conducir hoy ya no están presentes. Los miembros de mi familia de las generaciones pasadas en su mayoría han fallecido. Aun así, hoy cuento con la fortuna de tener a mi lado, a un ser que me ha guiado, apoyado, e instruido y, principalmente, ha sido una fuente inagotable de amor, este ser al que llamé mamá, es Maria Belarmina Chingua Alpala, una mujer guerrera quien se ha fortalecido con cada herida que la sociedad le ha causado: por ser mujer, por ser madre soltera y por no provenir de una familia con “buen linaje” y reputación. Mi nombre completo evidencia la ausencia de un padre una ausencia que no solamente ha sido un vacío, sino que ha implicado profundos dolores y malestares para mi madre.

Para hablar de María, es necesario enmarcar el contexto en el que vive, pues por generaciones hemos estado siempre en el mismo lugar; el Municipio de Cumbal, Ubicado en el departamento de Nariño al sur de Colombia y que a la vez es un territorio indígena habitado por el pueblo Pastos, etnia a la cual pertenecemos. Este espacio rural ha sido la cuna en donde se ha configurado mi familia, es en este contexto en el que muchas de las creencias, pautas y prácticas de crianza serán compartidas por las familias que habitan el territorio.

Puedo sin temor afirmar que en mi comunidad el gran rey es el patriarcado, predomina el machismo y ello es considerado como una normalidad social y cultural. En la cosmovisión andina se habla de una dualidad, de un blanco y un negro, de un arriba y un abajo, de lo masculino y lo femenino. Un mayor sabio me dijo hace algunos meses que esto no significaba que el uno fuese más importante que el otro, pues cada opuesto se complementa. Sin embargo, debido a la gran colonización no solo de nuestras tierras sino de la memoria de nuestros antepasados, lo que se ha impuesto por la iglesia y por el colonizador, la inequidad entre hombres y mujeres, es hoy

en día considerada como normalidad. Por otro lado, es mi tarea investigar sobre otras posibilidades de entender en mi comunidad el ser de las personas, como lo que hoy conocemos en la sociedad occidental diversidad de género, orientación sexual diversa, entre otros. Pero en esta oportunidad la protagonista es una mujer, Maria Chingvad cuyo apellido significa agua de lluvia.

Maria es la hija menor de siete hermanos, dos de ellos asesinados a causa del conflicto armado. En la actualidad tiene 58 años, un hijo y una hija con diferente progenitor: Andres Chalparizan y Kathy Chingvad. He decidido escribir una memoria de linaje y resistencia a mi madre y en memoria de ella, pues es quien me inspira a aprender a enfrentar lo impuesto y considerado como normal para el rol de la mujer. Sin embargo, en esta oportunidad quisiera también recordar un poco las vivencias de mis mammas ancestras mi bisabuela y mi abuela porque según cuenta mi madre, en su vida también se enfrentaron con la violencia de género, el desprecio y el dolor causado principalmente por el machismo.

De esta manera, iniciaré relatando la generación de mi bis abuela la “mama” Mercedes. Su primer matrimonio ocurrió en el año 1918. Las narraciones que mi madre me comparte sobre ella, hacen parte de los relatos orales contados por mi abuela. Como lo mencioné anteriormente, el entorno familiar ha estado guiado en cierta medida por las costumbres de la cultura en la cual hemos estado inmersos(as), siendo un pueblo indígena desarrollado en un espacio rural, una zona andina en donde predomina el ecosistema del páramo y por ende unos modos de vida adaptados a este. Particularmente, las relaciones familiares y los roles se parecían, en cierta medida, a los de otras culturas.

Mi bisabuela tuvo dos matrimonios los cuales se desarrollaron como relaciones patriarcales; es en el primero de ellos que nace mi abuela. Cuenta mi madre que en este matrimonio mi bisabuela debía estar sujeta a los designios de su marido solamente por el hecho de ser hombre y de ser “el marido”, en ese sentido ella debía hacerse cargo de las actividades de la casa, entre las cuales estaba: sembrar y estar pendiente de las verduras (ullucos, papas, habas, ocas, cebolla, coles y plantas medicinales) en

la “Shagra” ( huerta); preparar los alimentos en el fogón, sacar agua del “aljibe” (pozo profundo de agua subterránea el cual era escarbado en los patios de las casa para el consumo diario); estar pendiente de los animales domésticos como vacas, ovejas, marranos, gallinas, cuyes y conejos; realizar todas las labores previas al tejido con lana, pues los atuendos se tejían con lana de ovejo en esta medida el proceso es: el tizado, el hilado y el tejido, además estar pendiente de los niños.

En este caso, el esposo era el abuelo José Abraham, quien no era un hombre responsable de su familia, pues según mi mamá no cumplía como debía ser con sus responsabilidades a causa de que muchas veces se emborrachaba y llegaba además, a maltratar a mi bisabuela. Las actividades que él debía realizar eran garantizar la alimentación de la familia, ir por leña a la montaña e ir al pueblo a comprar los productos básicos como la sal, la panela, el aceite y el petróleo. Sin embargo, cuando iba se emborrachaba y no llevaba estos productos a la casa. Es este contexto en el que se desarrollan los niños en la familia, por tanto, de esa forma se ha ido transmitiendo estas formas de ver y entender los roles de género.

En la generación de mi abuela “la mamita Rosa” fue un matrimonio de siete hijos. La situación de los roles y actividades familiares no cambia mucho a la de mi bisabuela, su esposo Luciano Chingvad era un hombre machista quien además de no cumplir con los deberes familiares, maltrataba físicamente a mi abuela y además mantenía relaciones externas al matrimonio de las cuales nace una “hija natural”, situación que en efecto causa muchos conflictos, sin embargo mi abuela rompe en algún momento esta condición y no permite que su marido la siga maltratando pero esto lo hace respondiendo también con violencia, si él llegaba a pegarle, ella no se dejaba, porque ella era más alta que él. Finalmente, el abuelo Luciano es asesinado por alguna circunstancia que no es muy clara y mi abuela se queda sola cuidando a sus hijos e hijas y con la intención de que todos estudiaran. En aquella época el mayor grado de escolaridad en la región era tercer grado de primaria este era el objetivo principal de mi abuela. Se puede decir entonces, que en gran parte la crianza de los y las hijas fue responsabilidad de mi abuela.

Del cuidado de las hijas menores, en este caso mi mamá que es la hija menor, se encargaban mis tías es decir las primeras hijas. Me permito reflexionar en esta parte, pues la situación de mi mamá es muy similar, quien, siendo soltera, también se encargó de la crianza de su hijo y de su hija, mi hermano y yo, debido a

que los progenitores no se hicieron responsables. Ella siempre me ha recalado que las mujeres sin los hombres sí pueden responder solas por los hijos y esto lo hace recordando la situación de mi abuela y la de ella misma. El tema de la sexualidad y sus prácticas en las generaciones de mi familia es poco visible y es un tema que muy difícilmente se toca. Puedo ver que cuando se habla al respecto mi madre se remite a hablarme sobre los embarazos y los nuevos miembros de la familia, menciona ella que en las

tres generaciones no se mencionaba el tema, simplemente si la mujer "aparecía" en embarazo y no había estado casada era una situación que nadie podía enterarse y que incluso se debía ocultar el embarazo. Creo que una de las razones para que este tema fuese casi un tabú es porque generalmente en la cultura no se habla mucho al respecto, pero si en algún momento se llegaba a escuchar algo relacionado siempre se remitía al estado civil de la mujer, si estaba casada era algo digno, pues servía para procrear de lo contrario no se debía mencionar. Mi mamá menciona que, para la época de mi abuela en algunas familias se hacían acuerdos entre los padres para uniones matrimoniales en cierta medida a conveniencia, además porque las familias de mi resguardo históricamente han tenido un estatus que las diferencia, es decir que hay algunos apellidos que son más importantes que otros o que han sobresalido en la comunidad, sin embargo en mi familia este aspecto no ha estado presente y según los relatos de mi mamá de alguna manera hay libertad para elegir a las parejas, pero se sabía que lo ideal era que la sexualidad no se expresara hasta después del matrimonio.

Otro aspecto que se resalta es el tema de la planificación familiar pues en la generación de

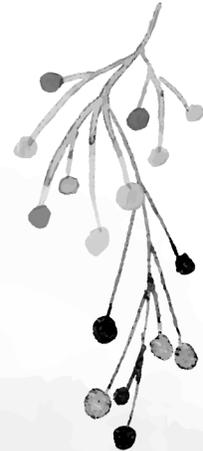


mi bisabuela y en la de mi abuela no estaba presente así que, de modo natural, las y los hijos nacían cada dos años. En la actualidad la sexualidad es un tema que aún no se trata en mi familia, pues mi mamá se limita a decirme que no debo tener hijos por el momento y en las ideologías de mi hermano y mi cuñada es un pecado y no debe practicarse antes del matrimonio.

Por su parte, los modos de relación parental han sido muy particulares. Si bien mi bisabuela y mi abuela unidas en matrimonio, siguiendo las concepciones de la época en los que la mujer era de alguna manera propiedad del hombre (casos como el de mi abuela, quien después de casada adquiere por primera vez cédula de ciudadanía y su nombre es registrado como Rosa Alpala de Chingoad), y era su deber responder a las necesidades del hombre y de sus hijos(as), hay que resaltar que ha predominado en la familia el hecho que las mujeres hayan tenido hijos e hijas siendo solteras y han sido ellas

quienes se han encargado de su cuidado y crianza, debido a que los esposos han muerto o simplemente no han reconocido a los hijos. Las feminidades y masculinidades han estado presentes en mis ancestros, resaltando la masculinidad en la generación de abuela, mi bisabuela y en la crianza de mi mamá. Teniendo presente que la mujer y los hijos tenían el deber de obedecer al padre. Así, por ejemplo, cuenta mi mamá que mi abuela decía que cuando el marido se emborrachaba en una cantina ella tenía que esperarlo hasta que él se decidiera regresar a la casa y no podía decirle nada porque sí lo hacía, le haría pasar vergüenza ante sus amigos. Así mismo, esta masculinidad se reafirmaba en el encargo de los hombres de lo que se consideraba trabajos pesados, los que requieren más fuerza física.

En la época de mi bisabuela y mi abuela, la feminidad se expresaba en la mujer en su capacidad para atender las labores domésticas, así, por ejemplo, cuando se casaban muchas veces la ponían a prueba mandándola a cocinar con leña ver-



de y mojada, además debía cocinar para muchas personas. El vestido de la mujer resalta su feminidad pues llevaban grandes anacos (faltas) de lana de oveja finamente hilada y urdida, sus pañolones o chales, además de las largas trenzas en su cabello. Esta situación cambia en la generación de mi mamá, cuando ella siendo soltera y en ausencia de una presencia masculina realiza los trabajos que normalmente corresponden a los hombres; trabajos como sembrar papas y emprender la construcción de su propia casa. Estas acciones son transmitidas a mí, con la realidad que en la casa no había hombres así que todo deberíamos hacerlo juntas. Debo mencionar que mi hermano estuvo presente en su infancia, pero ya después de graduarse del colegio se dedicó a trabajar para él.

Profundas heridas han sido sanadas por mi madre, María Chinguad, quien a sus 10 años cansada de ir a la escuela con los pies descalzos decide buscar un trabajo en la casa de un terrajero, quien vivía en Tulcan Ecuador, en frontera a dos horas de casa. Trabajó en ese lugar como niñera durante tres años, recibiendo sobras de comida y anhelando un pago para poder escapar y volver a casa pues el maltrato y la discriminación eran insoportables. Huye de este lugar y empieza a trabajar en otra casa, con lo poco que conseguía visita a mi abuela esporádicamente llevando mercado y provisiones para el hogar, los otros hermanos han demostrado irresponsabilidad y “mala cabeza” como se dice en mi tierra, frente a las acciones que se emprenden en la vida.

A los 14 años mi mamá fue llevada a trabajar a casa de su hermana mayor en Florida Valle, pues el esposo de mi tía era cortero de caña. Rogó para poder regresar a casa pues nunca se sintió a gusto. Así en un vaivén de viajes mi madre lucha por conseguir una vida mejor. A los 20 años se enamoró y dio a luz a mi hermano, así que decide emprender trabajos en el territorio para darle una estabilidad a mi hermano, pues el progenitor abandonó a mi madre y se casó con otra mujer, reconoció a su hijo con el apellido, pero nada más después. Cuenta mi madre que a partir de ello ingresaba en cualquier lugar en donde le diesen la oportunidad de aprender, realizó un curso de enfermería y de promotora de salud entre algunos otros, lo cual le dio oportunidad para ingresar en la pri-

mera convocatoria para madres comunitarias modalidad FAMI del ICBF.

A los 35 años me regala la vida y se repite la historia, mi progenitor se casa con otra mujer y es tildada de mentirosa, indigna y se me niega la paternidad. Mi madre emprende una demanda para impedir el matrimonio pues solo espera que me reconozca y me de, el apellido, sin embargo, eso nunca paso. Es por todo lo anterior que mi madre emprende su más profundo deseo, el cual es darnos una vida digna a mi hermano y a mí. Y con mucho esfuerzo lo ha logrado, se gradúa de bachiller a sus 47 años, y mantiene su trabajo hasta la actualidad. Mi hermano es uno de los primeros bachilleres indígenas provenientes de la zona rural, pues para esa época solo los mestizos tenían esa posibilidad. A los 54 años mi mamá decide que casarse con un señor viudo, sin embargo, esta ha sido una experiencia no muy grata principalmente para mi mamá, pues el machismo y la dominación del hombre ha predominado, así nos encontramos con un hombre con cinco hijos adultos, que no valoró en lo más mínimo a mi madre permitiendo el maltrato por parte de sus hijos hacia ella.

Durante 4 años María soporto maltrato verbal y psicológico, además de explotación física, pues debía responder al rol de la mujer: barrer, trapear cocinar, ordeñar vacas y cargar leche. Mi formación profesional, la escuela política travesías por la paz y la equidad de género, y el valor que he adquirido en ella, me permitió reconocer el valor que tiene mi madre quien enfrentó la separación con este señor que violentó sus derechos y no conoce el valor de la mujer, que impone sobre él el mandato de sus hijos y además las posesiones materiales. Hace dos meses mi madre regreso a nuestra casa a pesar de las críticas de la gente, para seguir luchando y caminando con más Fortaleza. Yo la recibí con brazos abiertos.



# La invulnerable

Por: Olga Lucía Hurtado Perea

Ella es Olga Lucía Hurtado Perea, mujer sublime, que emana vida, paz y luz, más conocida como la INVULNERABLE. Su nombre, está compuesto por dos potencias, Olga que significa inmortal, fuerte y sublime y Lucía que es sinónimo de luz, lo que hace de ella una mujer fuerte e iluminada. Su nombre fue propuesto por el padre, y su madre lo aceptó porque le parecía bonito, aunque ella dice que él lo escogió porque era el nombre de una mujer a quien amó mucho, y ese amor lo entregó a su hija.

La inmortal es una bella mujer negra, caracterizada por ser amorosa, responsable, intuitiva, creativa, inquieta y rebelde con causas nobles, fuertemente influenciada por la tía abuela “Mamá Pascuala”, su misión es combatir la pobreza, el maltrato y abandono de los pueblos negros en su país Colombia.

Ha trabajado siempre impregnando en sus hermanos y hermanas de etnia el amor por la vida, por su color de piel, sus rasgos, su cultura, sus costumbres, gastronomía y valores ancestrales. Su gran poder es el uso de la palabra, habilidad y sabiduría que viene de Dios y convence, con ella ha logrado construir un poderoso bloque de hombres y mujeres de todas las edades y pueblos, con quienes llega a diversos rincones y corazones, recordando e inspirando a su gente, para no dejarse quitar la riqueza que el universo ha dispuesto para ellos y ellas, como es el amor, la alegría, la libertad y la paz.

Hoy junto con muchos hermanos(as), han logrado recuperar lo que un día se llevó la violencia de los mal llamados conquistadores europeos. Hoy los pueblos negros viven una esperanza diferente,

se desarrolla conciencia y auto reconocimiento de los que son y valen, el anhelo es tener territorios de paz, prosperidad, inspirando a otras regiones del mundo. El anhelo de la invulnerable es transitar con alegría por todos los territorios negros.





# Mantra para sanar mi linaje femenino



Por: Mayerling Ávila Guayara

Hoy limpio, sano y bendigo mi linaje femenino, a mi sobrina, a mi hermana, a mi madre, a mis abuelas y a todas las mujeres que precedieron mi camino, las perdono por no amarse, por no sentirse, por no ser fuertes y no atreverse a cambiar su destino; las liberó de sus ataduras y sus anclajes, y me uno a ellas con un sagrado hilo, que nos vincula en amor, en perdón, en sabiduría y en equilibrio. Hoy borro de mi espíritu las memorias de dolor que mi linaje trajo consigo y entonces las reemplazó por la energía y el poder conjugado de mis ancestras femeninas.

Hoy escribo la historia de lucha y resistencia de mi abuela materna, Judith Gómez Pastrana y de mi abuela paterna María Josefa González Ortiz, esas dos mujeres que fueron unas guerreras incansables que lucharon por sus hijas e hijos, y que padecieron en carne propia el dolor y sufrimiento que ocasiona el patriarcado.

Ambas mujeres fueron de carácter fuerte, criadas en el campo, que por ser mujeres llevaban en sus hombros la responsabilidad del hogar, cocinar, lavar, y ayudar a criar a los hermanos menores, esos eran algunos de los tantos oficios y deberes con los que tenían que cumplir en su niñez y juventud.

Mis abuelas se casaron y tuvieron una familia, como era de esperarse sus vidas no fueron un cuento de hadas; mis abuelos hijos del patriarcado, fieles a su crianza fueron implacables con ellas al maltratarlas de todas las maneras posibles, ellas sufrieron y padecieron, pero soportaron porque que ya no estaban solas tenían a sus hijos.

Ambas abuelas cansadas de todo lo vivido, de los maltratos y humillaciones, tomaron la mejor decisión de sus vidas, dejar a esos hombres, y siguieron sus caminos con sus hijas e hijos a quienes sacaron adelante con gran esfuerzo y lucha, dándoles lo que humildemente estaba al alcance de sus manos.

Manos fuertes capaces de liberarse del yugo opresor, que tomaron las riendas de sus vidas, son el más valioso ejemplo de lucha y resistencia.

A estas dos mujeres les doy las gracias porque le dieron la vida a mi madre, María Gladys Guayara De Ávila y a mi Padre Fannor Ávila Gonzales, estos dos seres de luz e infinito amor, se unieron y formaron un hermoso hogar dándonos vida a mi hermano Danny Said Ávila Guayara, mi hermana Ingrid Lizeth Ávila Guayara y a mí Mayerling Ávila Guayara.

Hoy reconstruyo a través de estas palabras la memoria de mis ancestras, para que el linaje de mi familia sane.

En memoria de Judith Gómez Pastrana - Noviembre 28 de 1933 – Enero 15 de 2014 y María Josefa Gonzales Ortiz Agosto 03 de 1926 – Agosto 16 de 2016).





# Memoria de resistencia para una dadora de amor

Por: Libia Alexandra Arango Salazar

Estando ahí, tan cerca a la enfermedad, la muerte y la humanidad, sólo pude refugiarme en la dureza intentando demostrarle que era tan fuerte como ella. Esa era la forma como me negaba ante la posibilidad de que no estuviera más, idea que quizá desde hace varios días empezaba a rondarme la cabeza y no era capaz de aceptar. Tan frágil, con su aspecto de cansada, se veía con miedo, pero a la vez serena, como si sólo estuviera aguardando el momento preciso para partir. Había vivido tanto, que ahora sólo le quedaba esperar y marcharse con la convicción de que en su vida ya lo había dado todo. Sí, dar, lo que mejor supo hacer en vida, dar amor y cuidado a otros, a otras, fue una dadora de amor.

Ese día sin darme cuenta empecé a morir, un momento que siempre había estado atenta a evadir. Pero esta vez, la muerte que siempre estuvo cercana y al mismo tiempo lejana, llegó de manera contundente a invitarme a vivir, a enseñarme lo efímero de la vida. La partida de ella me abrió una ventana que no tenía rastreada para ese momento y me obligó a replantearme a mí misma. Aún sigo intentando transformar el imaginario doloroso que hay detrás de su partida y acogerla como una invitación para recorrer nuevos rumbos. Igual que Mario Mendoza, diría “me estoy dejando morir para volver a vivir”.

Es por esto que me resulta inevitable pensar en otra manera de iniciar este relato. El relato de



me

ESTOY

DEJANDO

morir

para

VOLVER A VIVIR



la mujer que, de manera incondicional, me enseñó a vivir y me demostró que el límite que separa la vida de la muerte, puede desdibujarse para convertirse en un mismo camino.

Mercedes, una mujer llena de luchas y resistencias acumuladas en sus 90 años de edad, se conserva en mi memoria como alguien fuerte, rebosante de amor por sus seres queridos y firme ante las adversidades. Tan resistente como un roble, echó raíces en su finca y fue una mujer revolucionaria para su época. Inmersa en el contexto de la violencia bipartidista en el campo colombiano; y soportando la fuerte represión de la cultura machista y conservadora, tuvo el coraje de emanciparse y decidir ser madre soltera, alejándose de estas dinámicas. Ella se convirtió en el artífice responsable de la crianza de cinco hijos, sola aprendió a ser madre y veló por ofrecerle a ellos lo necesario para sobrevivir, pero sobre todo se encargó de entregarles amor incondicional, amor que más tarde reprodujo a sus nietos(as) y bisnietos(as). Sin embargo, este gesto de amor hacia sus hijos, la llevó a atravesar múltiples experiencias de dolor y resistencia. Fue víctima de desplazamiento, tuvo que soportar las humillaciones de hombres y mujeres de poder a quienes les servía en sus casas, fue engañada por su esposo y despojada de su propia casa, no tuvo riquezas materiales y por casi la mitad de su vida hasta su partida, la acompañó una bala instalada en su clavícula, resultado de una orden dada a un trabajador, por parte del hombre que en algún momento de su vida llegó a amar y que era el padre de sus hijos.

A pesar de ese sufrimiento, ella fue noble hasta sus últimos días de vida, sanó su corazón a través de la fuerte relación que construyó con sus descendientes y sus últimos años los dedicó a trabajar la tierra en una casa finca que obtuvo por una herencia de su padre. Se recuperó y reconoció a sí misma, a partir de un gesto político, que reflejaba su independencia como mujer; decidió eliminar de su registro ciudadano el apellido obtenido por la relación matrimonial que tuvo en su momento con el padre de sus hijos, y fue así como pasó de ser una mujer reconocida civilmente bajo la influencia de su "esposo", a ser una mujer libre y autónoma. Además, fue siempre fiel a su derecho a ejercer el voto, honrando de esta manera las luchas de sus antecesoras.

Mercedes, para las nietas que tuvimos la fortuna de transitar a su lado, se convirtió en nuestro relato vivo de la historia del país y de las luchas y resistencias de las mujeres colombianas, además fue el mayor referente femenino de nuestra familia. Una mujer independiente, fuerte y decidida, quien asumió la vida con valentía y con la seguridad de que el amor es el principal motor para la vida y la creación en general.

Al final, su amor incondicional se vio reflejado en su partida, asumida como la apuesta para darnos alas a las mujeres que estuvimos a su lado los últimos años. Así fue como al marcharse me permití hacer conciencia sobre lo efímero de esta existencia. Pero especialmente, abrazándola como un gesto de amor, se convirtió para mí en una invitación a conectarme con la vida y ser feliz, en la posibilidad de morir para volver a vivir.



# JIREÜ

## Mujer del arte

Por: Miriam Lizeht Camacho delgado

Soy Jireü pertenezco a dos grandes tierras, una protegida por los inmensos barcos de las galeras y de fríos colores, y la otra, caracterizada por su calidez y valles. Descendiente de dos seres de rebeldía y lucha que, con deseo de unir sus vidas, lucharon contra imposiciones de clase y hasta de raza. Amándose dieron vida a tres guerreras de la vida, separadas por el destino, pero conectadas con mis dos tierras.

Somos un gran clan de mujeres, valientes y de corazón noble, la mayor nos guía desde lo más alto, dejando un gran legado en mi madre, mujer de sensibilidad por el mundo, con el pensamiento firme de la bondad de los seres. Desprendiendo de ella calma, caminé a su lado temerosa hasta que sentí que tenía alas firmes para volar y brindarle al mundo mis conocimientos, escogí al camino de enseñar y aprender de los pequeños gigantes, entre risas y juegos creamos mundos que solo las y los que se liberan pueden explorar.

En esta travesía por el mundo voy encontrando seres que juegan mis juegos, bailan mi música y viven mi arte. Voy de pueblo en pueblo como una gitana contando historias a quien quiera oír, trayendo a sus memorias aromas, lugares, rostros, soy arte, resisto y lucho con ella, veo cercano un mundo mejor.

En mi caminar me encontré con anclas, anclas que hablan, que gritan, que lastiman, que hacen dudar y crean máscaras no para volar si no para ocultar. Me fui de lugares que ame pero que pesaban como un bulto de piedras y regrese con el arma de transformación y construcción de mujer.



Doy ráfagas de arte al mundo, busco en mis ancestros(os) el poder femenino y revolucionario para expandirlo a donde vaya y hacer aliadas en la lucha por el arte con sentir. He decidido levantar las voces y vivir mil vidas ... hago teatro.

Larga vida a las mariposa ...





# Memoria de Resistencia

Inspirada en Martha Montaña,  
mi prima materna.

Por: Angie Natalia Rodríguez Perea

En una sociedad en la que las oportunidades de trabajo son más reducidas para las mujeres y más aún cuando estas mujeres están atravesadas por características particulares, como el ser negras o indígenas; ser mayores de treinta años; en condición de empobrecimiento o con un cuerpo sin “medidas perfectas”; características que han hecho que muchas de estas mujeres busquen alternativas diversas para poder llevar el sustento a sus hogares, sin dejar atrás que varias son madres cabezas de familia.

Martha Montaña contaba con estas características, era madre soltera de bebés mellizas, sin empleo y se sostenía con la pensión que su madre recibía de su fallecido esposo y padre de sus hijos, la cual no era suficiente para todos los gastos de la casa.

Fue rechazada en varios empleos, siendo discriminada por su cuerpo y apariencia física, razón por la que Martha toma la decisión de cambiar su vestuario por uno más masculino, todo con el fin de tener un aspecto un tanto varonil, para ser aceptada en un trabajo de construcción. Para dicho trabajo Martha no solo debía vestir de esa manera, debía contar con una fuerza paralela a la de los hombres. Le tocó hacerse más fuerte en todo el sentido de la palabra, pues es claro que fue minorizada, recibió burlas, discriminación e irrespeto. Fue su firmeza, carácter y perseverancia lo que hizo que mantuviera su puesto de trabajo.

Martha se ejercitaba a diario para tener un buen estado físico y aguantar la carga que tenía en su trabajo. Con un horario extenso, de sol a sol y tratando de tener energía extra para en la noche compartir con sus hijas.

En esa lucha constante estuvo largos años de su vida, en esa rutina de ver sólo a sus hijas en la noche, no compartiendo con ellas y mucho menos criándolas y educándolas. Esa rutina que hizo

que se acomodaran económicamente, sin olvidar que, por ser mujer su pago era menos, con la excusa de que ella no tenía la capacidad de desempeñar todas las funciones del cargo de construcción.

Uno de tantos días, se levantó y dijo ¡No más! ¡No merezco menos! ¡No valgo menos! ¡Necesito cambios! ¡Necesito vivir y compartir con mi familia! Así que se vistió como hace mucho no se vestía, mostrando que su aspecto no iba a desacreditar sus saberes de construcción, convencida de tener la misma capacidad y el mismo derecho de recibir el mismo sueldo de sus compañeros, emprendió camino hacia su lugar de trabajo. Al llegar, todos la observaron sorprendidos, ella hizo caso omiso y se dirigió hasta donde el maestro, aclarándole cada uno de los puntos donde él estaba errado en cuanto a su trato, su sueldo y las condiciones de trabajo. No llegaron a un acuerdo, pero Martha hizo valer su derecho a un empleo digno con condiciones dignas.

Con sus ahorros vivió un tiempo y solo se dedicaba a su familia y a estudiar. No fue fácil su camino, pero logró deconstruir un poco lo ya construido. Volvió a ejercer la construcción, pero ya con nuevas técnicas, por su estudio y con más carácter, lo cual llevó a que se le reconociera como un igual, donde se le brindaban las mismas condiciones a todos, y aunque la

construcción no es el empleo con mayores condiciones laborales, fue ahí donde ella se quedó, pues se le dio la oportunidad de despegar y construirse como el ser que es hoy.

Hizo varios contactos, llamando la atención por sus capacidades. Hasta que llegó el día en que se hizo maestra de obra y construcción, dirigiendo diferentes proyectos, en los que organiza todo para que cada uno de los trabajadores cuente con un poco más de tiempo para estar con su respectiva familia e impulsa que otras mujeres asuman ese reto de desempeñar la labor de la construcción.





# Un poema a Mabel Lara



Por: Paula Andrea Aristizabal Restrepo

Mujer bonita, mujer valiente  
Guerrera de mil batallas, inteligente  
Que nunca se ha rendido

En tu mirada veo la esperanza de un mundo mejor  
Con tu fuerza y resistencia has labrado el camino,  
para otras como tú

No has olvidado tus raíces, que reivindicas cada día  
Con tus cabellos rizados al natural  
ya no los encondes más

No eres indiferente ante las injusticias, vaya cualidad  
Hermosa sensación la que da verte en indignación,  
Que no es frustración

Mujer bonita e inspiradora  
Pues de amor y luz eres pintora  
Sabes lo que vales y lo que representas  
Pues se siente que a luchar alientas

Comunicas e informas  
Lo que a los poderosos les incomoda

Dando a conocer que aquí  
Nada es color de rosa  
pero, aún así, todo no está perdido...

Mujer bonita, mujer valiente  
No eres indiferente  
En ti tus raíces son evidentes.





# Relato de resistencia de una guerra en el centro del país

Por: Ángela María García Caicedo

Miriam es una mujer que vive la resiliencia en cada instante de su vida, nació en la capital del país el 6 de marzo de 1957, hija de una mujer afro-indígena, llanera oprimida por la sociedad y el patriarcado y un hombre exaltado por la sociedad, en aquel tiempo estudiante de medicina. Nació resultado de una noche en que este estudiante y la chica que trabajaba en el servicio doméstico se dejaron llevar por los deseos del cuerpo. Cuando Miriam tenía un año sucedió un nuevo embarazo de su madre, la patrona quien era biológicamente la abuela de las niñas quería quedarse con ellas, pero enseguida el instinto de madre la hizo marcharse pronto, huyendo con sus bebés a un pueblo llamado Timana- Huila.

Acá inicia Miriam la travesía de su viaje por esta vida. Desde muy pequeña Miriam se hizo cargo de su hermana menor con tan solo 4 años de edad. Uno de los acontecimientos que marcó fuertemente su vida, fue aquel día en que ayudando en los quehaceres de la casa, se volcó en el patio de la casa una olla, donde se cocinaba el maíz de las arepas y su hermanita de dos años pasó junto a ella, justo en el momento que se había volcado esta olla, la niña se resbaló y cayó sobre el maíz y el agua caliente, grito y lloro fuertemente, pero Miriam sintió mucho miedo de que su madre la regañara por no cuidar de su hermana, entonces la tomó y la escondió debajo de la cama envuelta en una cobija. Al llegar su madre encontró a la bebe sin signos vitales y recargo toda la culpa sobre Miriam.

Para este tiempo Miriam ya vivía con su madre y su padrastro, su madre recargo la culpabilidad en su hija y la puso de nuevo al cuidado de sus hermanos. Su padrastro ejercía dominio sobre la vida de esta niña, su machismo le permitió mandar, dominar y ejercer su patriarcado en el hogar, donde era el esposo, pero también el dueño de la vida de toda figura femenina que se moviera en su hogar. Miriam siendo una niña se convirtió en su segunda mujer, su presa, su objeto. Le cortaba el cabello lo más corto posible, la vestía con su ropa, la llevaba a su lugar de trabajo, y a todos

los espacios que frecuentaba excluyéndola de la sociedad, haciendo que su mundo girara en torno a él.

A la edad de 13 años tuvo su primer embarazo, producto de una violación ocasionada por su padrastro de ahí en adelante cada dos años paría un nuevo bebé, entre ese ir y venir de la vida, tuvo dieciocho embarazos, cinco abortos a raíz de violencia física, cinco niños y niñas que nacieron vivos, pero murieron por desnutrición y demás situaciones de vulnerabilidad no imaginadas.

Su vida estuvo llena de desprecios por parte de su madre, por machismo de parte de sus her-



manos varones, tuvo que ser una mujer en el cuerpo de una niña, madurar sin querer, criar sin desear, fue una mujer extremadamente noble, entregada a este sistema y lo que le impusiera el mismo. Fiel a su madre y el amor por su familia.

Después de muchos intentos de escapar de tanto abuso, Miriam logró hacerlo a los 32 años de edad con su última hija, llegó de nuevo a la capital del país, se internó en una casa a trabajar para esconderse. Solo después de tres años pudo contactar a una de sus hijas mayores. En aquella casa empezó a sentirse amada y valorada por una familia, aun cuando esta, abusaba de sus dotes como mujer guerrera y trabajadora, pues de cierta manera la exprimían y explotaban porque era una mujer campesina, analfabeta e indefensa. Pero para ella, esto era la gloria después de padecer tanto dolor, tanta violencia de todas las formas habidas.

Cinco años después, Miriam quiso volver donde su madre ya que la amaba y la extrañaba mucho, jamás sintió resentimiento por ella. Al contrario, siente pena y vergüenza porque su madre siempre le hizo creer que fue una quita maridos y asesina, porque según ella, mató a su hermanita.

Cuando se encontró con su madre, Miriam sintió que la vida volvía a empezar y que era la oportunidad de reivindicar tanto amor perdido. De este modo pidió a su madre que le permitiera vivir con ella, recuperó tres de sus hijos pequeños que tenía aquel hombre denominado padre biológico. En síntesis, de los 8 hijos e hijas vivas, la mayor al sentir que su padre quería abusarla se fue de 14 años de casa con un hombre que le doblaba la edad (29 años). La segunda de 12 años, por el mismo motivo se fue para la capital del país y se internó; el tercero de 10 años, se fue a vivir con unos amigos y cuando cumplió 18 años se fue para el ejército; la cuarta de 8 años la tuvo una tía y cuando cumplió 14 años la enviaron a internar en una casa. El quinto, la sexta, y el séptimo se quedaron en casa del padre. Cuando logró recuperar y vivir con sus cuatro hijas(os) juntos(as), sintió que era una gran etapa de su vida, por fin, por primera vez, iba a ser madre y a abrazar sin temor.

Miriam es mi inspiración y linaje de resistencia porque ha sido la mujer más guerrera que he

conocido, me dio la vida. A pesar de la adversidad siempre creyó que existía una manera de salir adelante ante cada acontecimiento de la vida, ha sobrevivido a este sistema patriarcal que durante la mayor parte de su vida la subyugo a través de un hombre machista, mago, superhéroe. Miriam es una mujer con un potencial de resiliencia asombroso. Hoy en día padece una enfermedad por secuelas de un ACV que la ha dejado desde hace 13 años postrada en cama y desde allí, hoy tiene a sus 8 hijos e hijas unidos, fuertes respetándola, protegiéndola y amándola con las fuerzas de nuestro corazón. Ella es una mujer excepcional, me enseñó que en la vida hay que sobreponerse al dolor, sacar todas las fuerzas de su ser y seguir para adelante, que jamás nada detiene a una mujer guerrera que nació para sobreponerse ante las adversidades.

Cuando algo me pone triste o me sucede voy donde ella y conversamos, porque siempre tiene una palabra o un gesto para mostrarme que la vida es más que esta situación que hoy tenemos y que todavía hay tiempo para ser lo que quieres ser.

Este escrito está dedicado a Miriam Consuelo García Caicedo, mi hermosa madre a quien le agradezco infinitamente por darme la vida, por darme tanto amor de donde sea que lo haya sacado, porque nunca lo recibió de su familia, pero sé que ella como una mujer guerrera que es, se inventó tanto amor que nos da, en especial a mí, que me sacia de amor, para ella mi madre, mi compañera de vida.

**TE AMO MAMÁ.  
ATENTAMENTE;**

**Ángela María García Caicedo – tu hija.**



# Valery Summer "negra, trans y empoderada"

Por: Andrés Felipe Obando Hurtado

Valery es una chica trans de la ciudad de Cali, universitaria y estudiante de licenciatura en Educación Popular de la Universidad del Valle. Por ser negra, mujer trans y empobrecida le ha correspondido sobrevivir a todas las formas de violencia. Sobre su género, su cuerpo y su vida, ha tratado de imponerse la sociedad machista, heteropatriarcal y blanca. Como estudiante de Educación Popular en Univalle ha denunciado la violencia y racismo patriarcal de la misma universidad, que a pesar de ser pública y estatal es aún muy conservadora. Valery es una chica trans Joven y se autodefine como Afrotransfeminista como forma de vida y de reivindicación política y personal.

Es importante analizar cómo ella ha sobrevivido al patriarcado y la heteronormatividad impuesta por una sociedad clasista, racista y transfóbica. Desde su formación político-social y académica, ha cuestionado el patriarcado y enfrentado el machismo desde la denuncia hasta la acción. De hecho, sus redes sociales son un claro ejemplo de las denuncias antes las opresiones del sistema género-clase-raza. Además, desde su participación en la Red Comunitaria Trans y el Activismo Feminista Afro y Trans ha cuestionado las bases sólidas del patriarcado fundamentado en el binarismo sexual y la cosmovisión tradicional y hegemónica del ser mujer.





A todas  
las que resistieron  
Para ellas,  
a Cecilia...

Por: Marcela Melo Rojas

Para que un día se dé cuenta por sí misma lo valiosa que es,  
para que un día ella sea lo primero,  
para que goce del fruto de su trabajo y esfuerzo,  
para que un día sea feliz, haciéndose feliz a ella misma,  
para que un día no ponga la otra mejilla,  
a ella que ha dado todo por sus hijos(as) y sus seres queridos, y algunos desconocidos,  
hoy y siempre que todo lo bueno de este mundo se vierta sobre su camino,  
ese sendero que ha estado minado por el flagelo del machismo,  
aquel que le ha hecho presa de un servilismo que es admirable para algunos,  
pero que causa impotencia en otros, porque su mirada refleja el sacrificio constante,  
latente, en cada día de su vida.  
Agradezco infinitamente su presencia.

A Daniela y a Paola,

No había visto mujeres tan fuertes en mi vida,  
mujeres que hablaran con tanta entereza de aquello que algunas no pudiésemos soportar,  
mujeres que sufrieron del flagelo de la violencia sexual y hoy sobreviven,  
ellas nos muestran que existen oportunidades para ser mejores, para ser libres,  
sus vidas son reflejo de cuan duro puede ser el mundo,  
cuanta complicidad con los agresores hay en las familias,  
ellas nos hablan de la importancia de cuidar a las niñas y los niños,

de tomar consciencia y que debemos como sociedad garantizar su bienestar.

### A La Tesis

Me quito el pañuelo, porque han sentado precedente,  
Con su contundente mensaje han logrado poner en el argot virtual  
la indignación por la violencia sexual y el abandono del estado frente a la protección de la mujer,  
han trastocado a muchas mujeres que no se atrevían a hablar,  
y ellas hoy levantan su voz, bailan y representan un grito colectivo que clama por libertad,  
por respeto, por equidad.





# La llamada

Por: **Beatriz Briñez Morales.**

Sale el sol, un nuevo día comienza y su mañana es fresca, en el horizonte observo un manto gris, vaticinando una fuerte tormenta. Espero la llamada...

Preparo algo de cocinar, no tengo mucho apetito, la cabeza me da vueltas, anoche estuve pensando, repasando, reviviendo. Espero la llamada...

Leo el periódico, reviso las noticias, escucho la radio. Espero la llamada...

Se ha terminado el café, y hoy más que nunca necesito al menos, más de un sorbo, sin embargo, la incertidumbre aplaza mi fervor por la cafeína. Espero la llamada...

Cae al fin una fuerte tormenta, el sonido de los rayos no me impresiona, estoy inerte parada mirando por la ventana. Espero la llamada...

No puedo evitar que mis ojos se contagien de lluvia, el olor de la tierra mojada, me lleva al día que partiste con la promesa de un pronto regreso. Espero la llamada...

Las horas, los días, los meses y los años se han fusionado, la realidad me abandona... Mi vida tiene un antes y un después y este último, se hace cada vez más eterno, la esperanza de verte disminuye, sin embargo... Espero la llamada.

Llega la noche, y no hubo una llamada...

En donde estés, un abrazo y una bendición...

Dedicado a las mujeres desaparecidas y a sus familias. Siempre estarán presentes en los corazones y recuerdos de las personas a la cuales iluminaron con su labor. En donde estén un abrazo inmenso.





# Mi historia: una nación desplazada

Por: Mildreth Chasqui Velasco

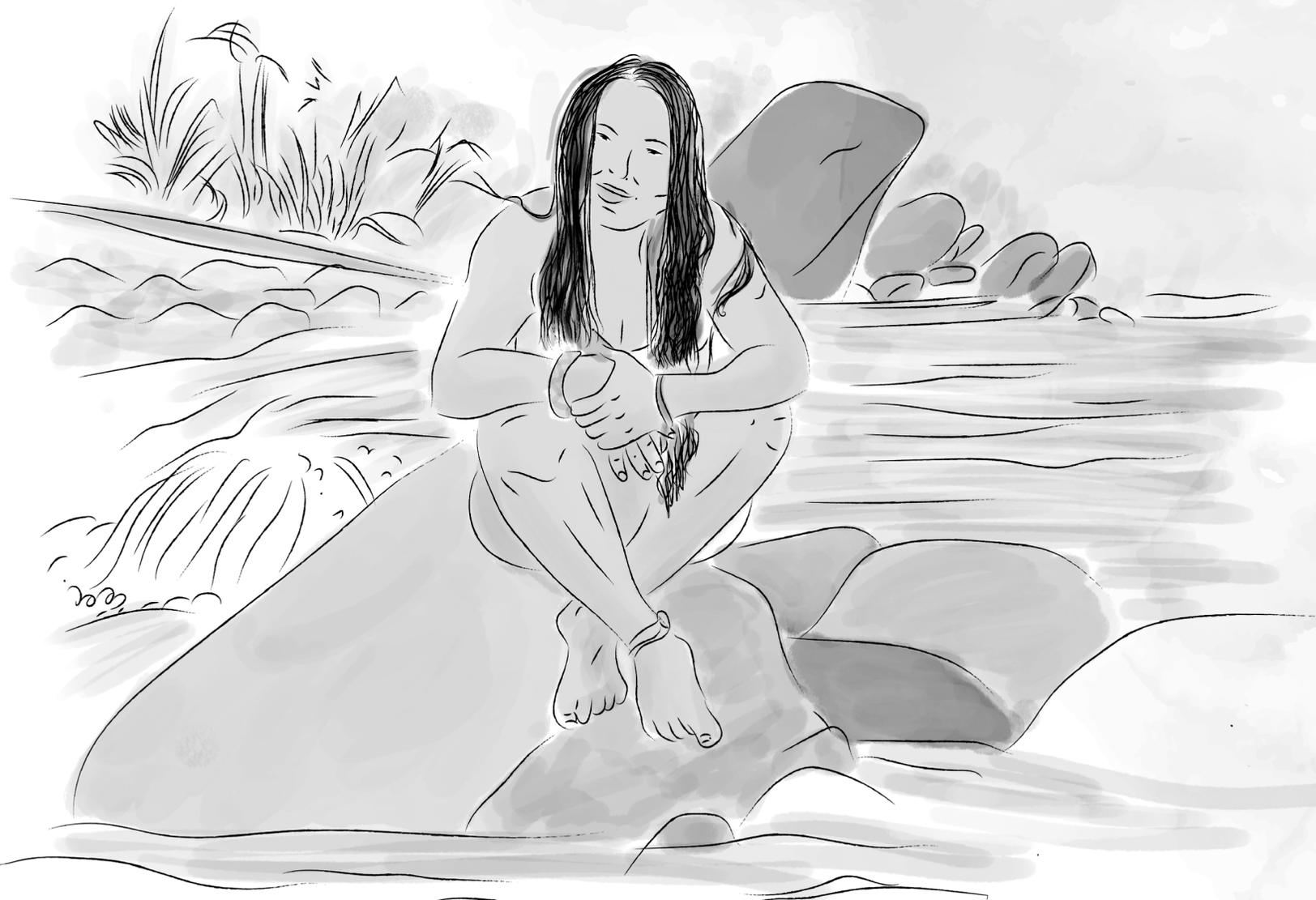
En ese trasegar construyendo un lugar cálido al que podamos llamar hogar, se da inicio a una primera vulneración, en la que siendo yo una chiquilla de apenas cuatro o cinco años, sufro mi primera violación, acto que en medio de la vergüenza y el miedo quedó entre los recuerdos de una pequeña que sentía asco por sí misma, pues no entendía que eso no había sido mi culpa. Así continúe con un sentimiento de dolor, sentía asco conmigo misma, y resentimiento con la vida, quería que la tierra se abriera en dos y me tragara, aun así, intenté seguir caminando.

El tiempo pasó y el dolor de los garrotazos de la vida se había entumecido en mi interior, a los doce años me sentía ya toda una mujer, a pesar de tantas cosas sufridas. Es en esta etapa y como si la vida me cobrara algo, vivo un nuevo abuso sexual, del cual queda entre mis recuerdos un: “tranquila solo quiero ver que hay aquí, es un secreto de los dos” mi alma se desmorona a pedazos cuando mis ojos cual niño mendigo en las noches llora por el frío de la indiferencia y la crueldad. Entre los doce y los catorce años sufrí dos abusos más, y como si fuera una deuda por cobrar, los abusos se acumulaban en mi memoria, haciendo de mí una mujer resentida, combativa, fría, tosca y algo malgeniada.

Mientras los años pasan yo, cual guerrera incansable, continuo en mi caminar, y tras un ávido traspie de la vida, nace una luz, sin buscarla y aun sin estar enamorada, quedo en embarazo de un hermoso varón, a quien saque adelante sola (con el apoyo de mi padre y madre). Así mismo, tras mil dificultades decidí terminar mis estudios universitarios

En la Universidad un profesor de idiomas se encapricha conmigo y al no acceder a sus deseos casi me hace perder la beca con la cual yo lograba estudiar, fue el ser consejera superior de la facultad, lo que me permite defenderme y salir bien librada de otra vulneración más en la vida.

Y aun así, a pesar de todo lo relatado anteriormente, creo que la vida misma ha hecho de mí un ejemplo de resistencia pues, ante todas las vulneraciones con valor, decisión y por supuesto resistencia, he logrado salir adelante.





# “La princesa del silencio”

Por: Daniela Valencia Aragón

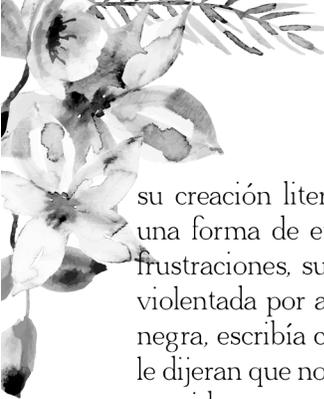
Las mujeres en mi vida han sido ejemplo de resistencia. Mi abuela, mis tías, mi mamá han superado muchas dificultades en su vida, sin embargo, siempre se han superado a sí mismas, a sus miedos y a los límites que nos impone un sistema capitalista, patriarcal y racista. Mis amigas, mis compañeras y yo misma también somos ejemplo de la superación de las violencias vividas, de la superación del miedo para alzar la voz, de los esfuerzos de sanación individual y colectiva, de resistencia.

En este escrito quiero rescatar la memoria de Otilia, una mujer soñadora y fuerte, que siempre deseó estudiar y escribir. Es una mujer tranquila, que atraviesa la cuarta década de vida, tiene un hijo y vive con él, con su sobrino y con su perrito en el Norte del Cauca.

Nació en el municipio de Buenos aires, Cauca, en la vereda de La Balsa, en el seno de una familia bastante humilde y con pocos recursos económicos, compuesta por su mamá y sus 7 hermanos y hermanas; en esta familia vivió malos tratos y la frustración de sus sueños.

influenciada por su abuela, quién le decía “Mi princesa” y deseaba brindarle educación, a pesar de sus condiciones socio – económicas, se trasladó a la Vereda “El silencio”, fue ahí donde empezó a sentirse realmente una princesa. Recibida con amor, tenía una habitación propia con vista a los paisajes de naturaleza de la zona y podía cumplir su gran sueño de estudiar en la escuela, rodeada de un ambiente familiar acogedor y cariñoso. Sin embargo, el monstruo del conflicto político y armado impidió el cumplimiento de sus sueños, los enfrentamientos constantes y la amenaza de ser víctima del fuego cruzado, nuevamente impidieron el cumplimiento de sus anhelos y de su vida, como en aquel cuento de su autoría: “La princesa del Silencio”.

Otilia empezó a escribir después de escribirle una carta a un niño que quedó muy contento con



su creación literaria; en la escritura encontró una forma de expresar sus sentimientos, sus frustraciones, sus vivencias. Cuando Otilia era violentada por alguien o discriminada por ser negra, escribía con fuerza y firmeza, y aunque le dijeran que no podía hacerlo, ella seguía convencida que podría escribir, como ella misma lo dice “No se rindió, siempre se enfrentó a la vida y a los retos que se le iban presentando”.

Este año se publicó uno de sus cuentos, un relato autobiográfico denominado “La princesa del silencio”, su resistencia es un ejemplo para mí, el oponerse a las adversidades del camino, el no dejar de creer en sus sueños, trabajar para cumplirlos y ver materializado uno de tantos de sus sueños en este libro. Actualmente está emprendiendo otro de sus proyectos, crea jo-

yas (aretes y cadenas) con piedras de los cerros del territorio en el que habita, es una mujer con una gran capacidad de agencia para trabajar por sus metas y sueños, en este caso, una casa propia. Compartir el camino con ella, es también una fuente de inspiración.





# “Memorias de resistencia”

Por: Diana Marcela Riascos

Diana Dinamita

Afuera de la seguridad de las paredes que privilegiadamente me protegían, unos extraños se atrevieron a apodarme, a escribirme algo que yo no reconocía. No crecí como una niña más, crecí como esa “negrita”, esa que iba caminando y esa de la que todas y todos esperaban ver un tumba’o; yo no sabía ni entendía que era negra, en mi infancia nunca llegué a pensar que era más que una niña, no me sentía diferente a mis amigos(as) del barrio, aunque a nadie más le decían morocha, negrita, incluso chambimbe\*; a nadie más le decían que su piel aguantaba para trabajar en la calle, que definitivamente solo podría aspirar a un trabajo informal, que no soñara mucho que las negras no servían para nada más que tener hijos e hijas.

Comentarios de ese tipo me acompañaron mientras crecía, en ocasiones eran así de directos y en otros eran el papá o la mamá de mis amigos y amigas quienes ponían mucho cuidado que no me robara nada de sus casas, porque “uno nunca sabe”.

Recuerdo las lluvias de Yumbo, recuerdo que me asustaba por lo estruendoso que era. Fue así como en una de esas grandes lluvias, llegó una difícil de olvidar, las tejas crujían por el viento, los rayos decoraban el oscuro cielo y solo era cuestión de tiempo para que ese techo que alguna vez me protegió fuese arrastrado por los aires contaminados de mi barrio. recuerdo como la lluvia me empapo, me lavo, me dolió, recuerdo cómo me sentí tan sola y afligida, pero, también recuerdo como la lluvia fue capaz de arrasar con todo a mi alrededor, menos con mi negritud. Después de eso supe que algo dentro de mí era fuerte y supo sobreponerse. Lo acepté y empecé a vivir como mujer negra, busque recuperar saberes, me deje llevar por mi intuición y usé mi voz.

Empecé a sembrar como resultado de lo que creía era soledad, pero la verdad era que la tierra estaba llamándome, diciéndome que no tuviese miedo. Aprendí a escucharla, aprendí a dejarla quieta, a cuando fumigar, cuando podar, aprendí mucho, pero algo faltaba. Mi corazón me invitaba a

compartir eso que sentía. Ese fue el gran inicio de Dinamita una mujer que reconoció su punto de partida, que entendió que muchas de esas cosas que parecían no estar a su alcance, gracias a las trabas que impone la sociedad para que personas como yo, no estemos al frente, no tengamos verdaderas oportunidades.

Fue así como Dinamita desarrolló una gran sensibilidad sobre el diario vivir de las personas racializadas, sobre esta lucha que nos atañe, por eso me inquieto, por nosotros y nosotras lucho.

Recuerden que yo no nací negra, ustedes me volvieron una, yo lo tomé y lo hice mío. Negra soy, negra seré.

---

\* *Sapindus saponaria* L. es una especie de arbolito de la familia Sapindaceae. Se encuentra en América su semilla dura tiene un vibrante color negro.





# HEROÍNA MAELL

Mi cabello,  
mi resistencia,  
mi identidad

Por: Maria Emilia Cundumi Lucumi

Yo soy MARIA EMILIA CUNDUMI LUCUMI nacida en Palmira Valle del Cauca el 28 de marzo de 1965, hija de padre y madre guapireños de la región del pacífico.

Mi nombre significa la fuerza del trabajo. Mis apellidos provienen de la tribu africana yoruba y de grandes reyes africanos que eran guerreros y luchadores. Soy descendiente de Casilda Cundumi Pambelé y de Carlota Lucumi, somos sabias guerreras como todo el pueblo cimarrón y defendemos nuestra identidad de corazón.

Somos mujeres de mando y decisión que ayudan como tejedoras de hermandad a sus compañeras de nación, para así lograr la recuperación de nuestra identidad. Al estar juntas las mujeres trenzan la estera, y en sus cabezas sus trenzas forman el pavo real y las jóvenes trenzan cuatro carriles dos puntos y muchos más, así trenzamos nuestra Identidad.

A mí me decían con mi hija, “cortale ese pelo malo, pelo puto que cuquimba la dejara” y para que naciera liso, que un cholo o un indio se lo debía cortar, y si su pelo le nacía duro de nuevo alisadora le debía echar y el cuento nos lo comimos para así borrar nuestra identidad, que ahora nos toca que rescatar, pero al final su resistencia se ratificara, la ñata de mi negra, del hermano la mía y del papá.

Y les cuento en cuestión de estética capilar y facial para nosotros es su identidad y nunca se la podrán borrar, ya que con mis productos capilares MAELL se lo voy a humectar, hidratar y el buen brillo, vitalidad y sedosidad le va a brindar

¡QUE VIVA NUESTRA RESISTENCIA CAPILAR, YA QUE NUESTRA IDENTIDAD SE VA A SALVAR. Y ASÍ BLANCOS Y MESTIZOS NOS LA QUERRÁN COPIAR!





# Carito

Por: Nicolás Guevara Hoyos

Carito es la superheroína que yo más admiro en este mundo. Ella nació en Cali en el año de 1982, desde muy pequeña tuvo una fuerza extraordinaria, lo digo porque a los seis meses Carito estuvo a punto de morir. Su madre, a quien ella siempre recuerda con el amor más grande del mundo, era una mujer muy joven, sin educación formal y muy pobre, solía darle solo bebidas negras, como café o agua de panela desde muy chiquita. Carito estaba muriendo por desnutrición.

Carito tenía una abuela, una anciana campesina muy pobre que se ganaba la vida haciendo oficio, lavando ropa y lo que se le presentara, ella se le medía a todo. Una vez, aquella anciana fue a visitar a su hija y al ver las condiciones en las que tenía a Carito se la llevó a vivir con ella para salvar su vida. Cuenta aquella anciana que lo primero que hizo al llegar con Carito al pueblo donde vivía fue bautizarla porque en las condiciones de desnutrición en las que estaba, no creía que sobreviviera y ella, siendo tan católica, no permitiría que su nieta se fuera sin su bautizo.

Carito fue creciendo hasta que volvió encontrarse con su madre, y a lo largo de su infancia presencié el nacimiento de tres hermanos más, uno seguido del otro. Carito los amaba. Tenía una relación muy estrecha con ellos. Ella era la mayor, así que los cuidaba cada vez que a su madre le tocaba salir a trabajar. Una vez en una avalancha de barro en lo alto de Meléndez, un barrio de la ciudad de Cali, sus piecitos quedaron enterrados en el lodo. Vivían en ese barrio en una casa de madera, ese día el padre de su única hermana menor había decidido llevarla a vivir con su madre, quién la cuidaría mejor ya que su familia era de clase media.

Transcurrían los años y las cosas se tornaban un poco más difíciles, la mamá de Carito había caído en las drogas, también era la compañera sentimental de un maltratador que un día intentó prenderle fuego la casa que era de madera, amenazando que si no salía la mamá de Carito los iba a quemar vivos a todos, pero ella salió y se fue con aquel hombre.

Carito tenía siete u ocho años, no recuerda bien, ella estudiaba, pero cada vez la cosa se ponía peor, cada vez menos comida. Su mamá se iba de la casa por periodos largos y a Carito le toca-

ba pedir comida en otras casas para alimentar a sus hermanos menores. Cada vez que veía a su madre notaba que ella estaba más delgada y había menos vitalidad en su mirada. La mamá de Carito cada día se tornaba más agresiva y le pegaba hasta sacarle sangre, la hería constantemente, ella decía que le hubiera gustado solo tener hijos varones, pero Carito la amaba, era su mamá y lo único que tenía ya que su padre ni el apellido le dio.

Un día a sus once años de edad, se angustió mucho pues su mamá no llegaba y estaba muy preocupada, en la mañana se había rumorado de una masacre a quienes mantenían en la casa de un jíbaro del barrio, casa que frecuentaba la mamá de Carito. Sus vecinas ya sabían que la madre de Carito estaba muerta, pero no lo decían, así pues, pasaron las horas y le contaron a Carito que uno de los cadáveres era el de su madre, en ese momento se le fragmentó la vida y también se sintió más sola que nunca, solo le quedaban sus hermanos menores.

Después de eso a Carito y a sus hermanos nadie los ayudó. El Estado nunca se pronunció, ella quedó en la intemperie con dos niños menores que ella, andando de casa en casa, de familia en familia, aguantando maltratos, aguantando hambre en la casa de quienes “le daban la mano”.

Carito creció y en su adolescencia se involucró con un hombre que le triplicaba la edad, con el formó una familia y tuvo un hijo, pero no era

la primera vez que era madre, ella había sido amiga, compañera y mamá de sus dos hermanos, por ellos y con ellos tuvo que pasar miles de situaciones duras. Cuando tuvo su primer hijo lo amó como nadie más puede amar en este planeta, hizo de él un hombre bueno, hizo que respetara la vida sin importar nada, enseñó a su hijo que el perdón siempre era una forma de aliviar el dolor.

A Caro yo la admiro con lo más profundo del alma, ella resistió tanto y a pesar de toda su historia, siempre fue una mujer muy calmada, nunca se buscó problemas con nadie, nunca llenó su corazón de rencor y no cayó en malos pasos. Con el papá de su hijo duró once años y después se separó, se dio cuenta que la edad era un factor que le impedía vivir la vida como ella quería, que su marido ya entraba a la tercera edad y que sus intereses eran distintos, sus ideales ya no eran compatibles.

A los dos años encontró a un buen hombre con quien tuvo una hermosa niña a la cual adora y luego a los cinco años tuvo otra, que es la luz de su vida. Ahora bien, si se preguntan por qué relate la historia de ella, pues quisiera decir que Carito es mi madre y que la vida no me pudo dar una mejor, un ejemplo de resiliencia, un ejemplo de amor, un ejemplo de fuerza y resistencia. Me siento el ser más afortunado, tengo dos hermosas hermanas por quienes luché constantemente y por quienes mi madre también luchó, esta es mi superheroína, mi gran maestra de vida y por todo eso la amo.





# Mis ancestras

Por: Geraldine Yanten Garzón

Mis ancestas han labrado el camino con sangre.  
Con su sangre y con la sangre de sus hijos e hijas,  
han resistido la muerte y la avaricia.  
Con su fuerza resistieron frente al desarrollo,  
aquel desarrollo cimentado  
con espadas, sangre y exterminio.

Mis ancestas, con inmenso amor,  
han creado vida  
han generado rebeldía,  
han resistido a la extinción.  
Con fuego y piel se enfrentaron  
al paquidermo occidental  
imponiendo su cultura y dignidad  
la dignidad de los pueblos.

Sus más profundos sentires,  
sus más profundos dolores,  
sus lágrimas de barro,  
su sangre de tejido,  
su amor de lucha,  
su resistencia de fuego,

fueron testigos.

Su cuerpo es de madre madera,  
su aguante como mil corazones,  
su lucha renaciente  
se abre paso con gran fuerza:

Rosa la valerosa,

Alba la montaña,

Miriam el amor,

Zoila la natura,

la muerte y la vida

en una mujer.

Mis ancestras han labrado el camino con sangre.





# Alicia en el país de la violencia

Por: Susan Sarmiento

Me gusta el sol, Alicia y las palomas  
El buen cigarro y la guitarra española  
Saltar paredes y abrir las ventanas  
Y cuando llora una mujer.  
Facundo Cabral

Mi abuela Alicia tuvo que haber sido joven, yo la recuerdo peliblanca, morena, musculosa, fuerte, amorosa, sabia. Pero ella fue joven, tuvo el pelo negro, su morena piel fue más brillante y no siempre fue fuerte, ni amorosa, ni sabia. Los años quitan (eso dicen), pero sin duda alguna también suman.

Se casó joven, como muchas de nuestras abuelas, se casó porque ya era "Mercedora" y la cazaron con z porque ella no se quería casar. En mi casa nadie me pudo explicar de manera razonable cuando uno ya es "Mercedora", todos coinciden en que se trata de una especie de tiempo en el que ya es necesario casarse y salir de la casa Materna. Mi abuela era una mujer de alpargatas, ella no usaba zapatos, el viejo era el bien parecido de zapatos y caballo.

Pero mi abuela obediente, cedió. Y quien la obligó fue su madre, otra mujer cazada con z. El susodicho era veinte años mayor que ella, tenía unas tierras y unas vacas, andaba en caballo mientras mi abuela andaba en alpargatas. Tuvieron su "luna de miel" en Girardot, se fueron en tren y mi abuela a duras penas entendía que era el matrimonio, no sabía que iba al "matadero", como ella misma contaba después, y fue la noche más humillante y aterrizante de su vida. Se organizaron, vivieron en el campo, tuvieron 7 hijos e hijas, en posteriores lunas de hiel.

El abuelo, siempre fue gustador del alcohol y las mujeres, celoso eso sí, nadie se podía acercar a mi

Entre tanto ella, cuidaba a sus muchachos(as), 7 criaturas a las que les cosía la ropa, desde los calzones hasta los vestidos, no había plata para más. Fregaba, lavaba, cocinaba, limpiaba, pero sobre todo sufría. Sufría mucho.

El tipo perdió la buena costumbre del trabajo, se envejeció antes de tiempo y empezó a quedarse en casa; las necesidades crecían. Mi abuela decidió irse para la capital, a buscar un trabajo para esas 8 bocas hambrientas. Se fue. Y ahí, en ese mismo instante de su partida, empezó la historia de otra Alicia, Mi mamá.

El terror lo he visto en los ojos de mi mamá cada vez que recuerda esta historia, la partida de mi abuela para ella fue mortal, sintió que se le iba la vida en ese bus que se observaba arriba en el filo de la montaña y se quedó con su padre y sus hermanos, en el campo, a la deriva. El tipo, mi abuelo, abusó de toda su familia, violento a sus hijas de todas las formas posibles, les negaba la comida, el abrigo, el amor, las obligaba a trabajar y a servirles a otros hombres que visitaban la casa. Fueron años de mucho dolor para mi madre. A mi mamá también la violaron siendo niña.

Ella finalmente creció. Se fue de la casa, encontró en uno de sus hermanos su aliado y protector, empezó a trabajar, se enamoró mal y heme aquí. Una Alicia más. En la casa de del abuelo también fue abusada. Dos generaciones de violencia silenciada.

Con el tiempo el tipo se desintegraba, cada día más enfermo. Mi Abuela fuerte, firme, saludable y poderosa en cada poro de su piel. Su revolución fue volver a creer en sí misma, mirarse bella y joven frente al espejo, sentirse con el corazón ardiendo de amor, sedienta de dar y

de recibir mucho más que dolor. Se consiguió un novio a escondidas, se dedicó a disfrutar su vida, se juntó con amigas y hermanas, se regaló tiempos y espacios, se divirtió y no permitió bajo ninguna causa, que alguien se atreviera a decirle qué debía hacer.

Mi madre grandiosa, valiente, luchadora, trabajadora. Nunca se unió a un hombre, fue autosuficiente y dedicada a sí misma, logró hacerme mucho más que una Alicia. Me llevo a los límites de mi mente, me retó a crear y creer en mí misma.

Yo, soy una mujer poderosa, soy capaz de lograr todo lo que me propongo, soy una mujer que abraza y acompaña, tengo el poder de la bondad, soy creativa y estoy conectada conmigo misma y con las compañeras y hermanas que me rodean. Yo soy el legado de una familia maltratada que se paró y le dio la vuelta a su vida, soy quien tiene ahora la responsabilidad de cuidar y sanar mi linaje para que NUNCA MÁS NOS VUELVA A SUCEDER.





# Eva Güe

## 1910-2016

Por: Eyder Duvan Niño Vargas

**"Nuestra vida es nuestra lucha"  
Mujeres que nunca perdieron su voz,  
Memorias de resistencias presentes en nuestras vidas  
y siguen dejando un legado".**

La mujer indígena colombiana ha sido por siglos la más ignorada y atropellada de todos los grupos sociales que habitan este país desde la colonización. El trabajo de las mujeres indígenas es incansable y ha sido resistir y asegurar la sobrevivencia de su cosmovisión.

Una mujer luchadora que vivió en contra de la injusticia. Una mujer que sufrió como muchas pero que decidió ser una guerrera. Una mujer que le enseñó a su familia su legado y valores como amar la vida y el universo. Eva no es la misma que ha sometido la religión a través de la manipulación y el sometimiento en la sociedad, que ha promovido la esclavitud sobre la mujer. Eva es una mujer que ha nacido de la fuerza de la tierra, una mujer valiente, capaz de construir, de luchar pese a todos los obstáculos que aparecieron en su camino, nadando contra la corriente del sistema que ha creado una sociedad machista, donde la prioridad son los hombres malcriados capaces de violentar, destruir todo a su paso por creer que tienen derecho a hacerlo, una sociedad machista que cría mujeres incapaces, débiles, sometidas, esclavizadas, cohibidas de su cuerpo de sus pensamientos y de sus derechos.

Eva es todo lo contrario, nos enseñó que las mujeres no pueden criar hombres machistas, que ellos deben tener conciencia del valor, del respeto de todos aquellos valores que forman seres humanos

y no bestias con ínfulas de grandeza, que un hombre no es más ni menos que una mujer, que también pueden cocinar, que pueden servir, amar, llorar y soñar.

Eva nos enseñó que las mujeres no son débiles, que una mujer es aquella esperanza hecha valentía para seguir creando conciencia, ahora más que nunca que las mujeres juegan un papel fundamental para la vida y la supervivencia del mundo.

Eva es una Mujer y no cualquier mujer. Ella es hija, madre, abuela, bisabuela, tatarabuela y mucho más que eso, es una memoria que Resiste viva en su familia y para que todos y todas amen y respeten la vida. Gracias abuela Eva. SIEMPRE VIVA DESDE LA MEMORIA Y RESISTIENDO





# Memorias de emancipación

Colombia 1968 a hoy

Por: Lucia

Mi nombre es Lucia. Ha llegado la hora de pedir a mi memoria que recuerde múltiples momentos de la trayectoria y vida de una familia campesina constituida por papá, mamá y once hijos e hijas en una vereda llamada La Hermosa en un municipio de Cundinamarca.

Esta es una historia, ante todo, de emancipación, conspiración y sobrevivencia. Nuestra familia desde siempre fue de izquierda, revolucionaria, no sólo en lo político sino en la vida misma, que en últimas es la misma cosa. Siempre estuvimos involucrados(as) desde nuestros ancestros en la lucha por la defensa de los derechos de la población campesina y de los menos favorecidos, del hermano y la hermana de a pie.

Muy jóvenes, por razones desconocidas, mis abuelitos con sus primeros cinco hijos migraron desde Cundinamarca hacia el departamento del Huila, allí nacieron el resto de sus once vástagos y echaron raíces. Raíces que permanecen hasta el día de hoy en ambos departamentos, Cundinamarca y Huila.

Mi abuelita Betina fue una mujer que, aunque se casó muy joven y tuvo tantos hijos e hijas, siempre fue revolucionaria y jamás se calló, aun teniendo al lado un esposo machista de tendencia de izquierda, que desde pequeño luchó en contra de los gamonales y politiqueros, incluyendo aquellos que lo hicieron declarar “bastardo”. Su madre era una mujer mal llamada “sirvienta”. Mi abuelita Mati en una hacienda en Cundinamarca, de propiedad de blancos criollos, tuvo con el patrón a mi abuelito, claro está, esta paternidad no se declaró, sino que, por el contrario, a ella, mi bisabuela, la desterraron pues mi abuelito al nacer varón podía heredar, por tanto, recibió el destierro y el cura lo declaró hijo bastardo.

Todo esto fue el caldo de cultivo para que siempre mi familia estuviera en oposición a los opresores. Siendo ya casado mi abuelito y con sus hijos mayorcitos, uno de ellos dio apoyo viajando

a Cuba en el año 1956 para hacer parte de la anhelada Revolución Cubana. Estaba yo muy chiquita, pero recuerdo, sin ser parte de la conversación, escuchar la historia de la llegada de él y sus compañeros a la Isla en barco, casi no había comida y el pueblo estaba muy organizado y solidario. También recuerdo un par de libros que trajeron y las imágenes dantescas de lo cruento de la guerra, creo que eran de la violencia en Colombia, porque tengo muy fija en mi cabeza nombres de las modalidades; corte franela con su debida foto, ahorcados y mujeres con sus vientres abiertos y él bebe ahí colgando. Mi madre dice que el feto se lo sacaban y lo lanzaban hacia arriba y lo recibían en la bayoneta, y que esto ocurrió cerca del Huila, cerca de nuestra región, en Puerto Rico Caquetá. Era unas horas a pie. Un bello lugar agrícola. Recuerdo el énfasis que hacían en que esos libros eran totalmente prohibidos y nadie los podía ver, pero yo siempre me fije donde los escondían. En un árbol de zapote cerca a la quebrada. Mis primeros siete años los crecí al lado de mi abuelita Betina en Bogotá, ella me llevaba siempre a las marchas de protesta, eran frecuentes desde nuestro barrio de invasión hacia la Plaza Bolívar. Aprendí a evadir gases lacrimógenos caminando por el borde de la marcha para poder salir y lanzar tachuelas en las vías calculando la velocidad de los buses y “troles” para lanzarlas certeramente y recuerdo la sensación de fracaso cuando veíamos desaparecer el bus sin pincharse, pero también recuerdo la alegría de verlo varado. Reclamábamos en medio de nuestra pobreza y nuestras casas de cartón, los derechos que nunca habíamos tenido o nos habían quitado.

Mi madre era la segunda en la lista de hermanos de mayor a menor, su hermano mayor era hombre, por lo tanto, sus obligaciones en el hogar fueron mayúsculas por ser mujer y la mayor de tantos hermanitos, sin embargo, su mamá, mi abuelita, la motivó y la apoyó para que aprendiera, cosa que no compartía mi abuelo. Ella creció y se interesó por leer, por la problemática social y por aprender a coser y a tejer, saberes que hoy como familia deducimos fueron lo que le dieron mucha independencia y este espíritu superior que nos transmitió a todos sus nueve hijos e hijas.

Para la época de la “violencia en Colombia”, como se le ha llamado, época que hoy parecie-

ra lejana, entre “godos y liberales”, pájaros y chulavitas”, vivíamos en una vereda del Huila mi madre María, mi padre, mis hermanos y yo; tanto mi madre como mi padre, fueron constreñidos por su lucha. Fueron muchas las arremetidas que desde chiquitos tuvimos que vivir en esa violencia, entre 1965 y 1970. Mis hermanas y hermanos mayores recuerdan las escenas dantescas de cadáveres tirados, caballos pasando con cadáveres sobre sus lomos por los caminos que entraban al pueblo. A un tío mío que se puso de parte de los chulavitas le cortaron la cabeza delante de mi abuelita paterna Benilda, su cabeza la ensartaron en la baranda de la casa en la finca, desde ese momento ella quedó demente, a sus 60 años.

Mi papá y mi mamá en la finca tuvieron que soportar torturas y varias veces irse con nosotros a dormir en el cafetal debajo del monte porque amenazaban con irnos a matar esa noche y efectivamente en tantas acampadas en el monte, fueron a la casa y dejaron todo destrozado y robaban lo que podían.

Mi madre Isabel, recuerda especialmente una ocasión en que muy temprano, apenas preparando el desayuno para nosotros sus barrigones, llegaron los chulavitas a llevarse a mi papá y a mi hermano mayor Jairo, con 14 años, ella lloró y de rodillas les suplico que no se los llevaran, dice que todos nosotros llorábamos, yo seguramente no había nacido o estaba recién nacida. Los sacaron de la casa y emprendieron camino, mi madre se fue por un camino alterno a mirar y nos dejó con nuestra hermanita mayor que seguramente tendría 12 años o menos, más adelante uno de los chulavitas le puso el fusil a mi hermanito y le dijo: “corra”, mi madre decía que su alma se le acabo de partir, pues este es el mandato para dispararles, pero no fue así, mi hermanito volteo y camino hacia la casa de nuevo regresando sano y salvo.

Esta es una historia que nos ha contado varias veces. A mi padre si lo continuaron llevando por el camino que conducía al pueblo, mi madre dijo esta frase “si a mi marido lo pasan del salto, ya no se salva”. El Salto era un sitio emblemático pues era muy lindo, una quebrada con una cascada muy bonita, pero era el lugar preferido para torturar, matar, y desaparecer lanzando los muertos por este lugar. Mi madre pensó que mi padre sería el siguiente en ese lu-

gar, pero ella cuando vio que se aproximaban, decidida salió al encuentro y los enfrentó con súplicas llorando, fue así que dejaron libre a mi padre, a quien ya llevaban amarrado.

Este fue el preámbulo para que tuviéramos que dejar la bella finca en aquella vereda del Huila, la quebrada que desde allá alimentaba el Salto, famoso lugar que sería lúgubre por años, la quebrada desapareció, hoy ya no existe.

Perdimos todo allá, todo quedó abandonado, solo algunas cosas posteriormente, se lograron vender. Arribamos en ese momento, mi madre, mi padre, mis abuelitos, todos campesinos a la capital Bogotá.

En la capital tuvimos el privilegio de fundar una invasión que se llama Barrio Policarpa Salavarrieta, hacia el año 1965. Hoy es un barrio emblemático de Bogotá y cuna de grandes revolucionarios, pero hoy también es un nido de comerciantes paisas, de aquel barrio aguerrido solo queda la Fundación de memoria, Policarpa Histórico.

Sus lideresas, Elena, Betina, Luzaída, Adelina, los Pulido, los Muelegallo, la señora Benítez ya no existen y sus hijos, algunos, conservan el legado de la cuna del Partido Comunista en toda Colombia, el Barrio Policarpa Salavarrieta.

Viviendo en Bogotá, falleció mi hermano mayor Jairo en un absurdo accidente de tránsito, esto fue muy difícil para mi papá y mi mamá siendo campesinos dentro de una urbe, fue entonces que decidieron a mis 4 añitos, viajar al Valle del Cauca y adquirieron una finca cerca de Jamundí y nos vinimos todos para a este lugar, bello por supuesto y de mucho por trabajar con el campesinado de la región. A esto no fueron ajenos mis padres especialmente mi madre que gestó un círculo de trabajo en una cooperativa recién fundada y que agrupó a mujeres a la costura.

Una vez en este Valle del Cauca, mi hermano, ahora el mayor, quien se había quedado en Bogotá estudiando, ingreso a las filas de las FARC-EP a sus 23 años, en ese momento mi madre tuvo que asimilar la decisión de su hijo, quien se encontraba ya cursando una carrera.

A partir de este hecho, la Caja Agraria que en aquel entonces hacía los préstamos a los cam-

pesinos para los cultivos, ya nos había despojado de lo poco que teníamos, unas pocas vacas tocó venderlas para pagar al banco, las bestias de carga, venderlas, y cada cultivo, cosecha de café iba para el pago de la deuda al banco.

Con mis trece años, acompañé varias veces a mi padre al banco a renegociar y a volver a prestar dinero, y cada vez la deuda crecía más, las cosechas más pequeñas cada vez no daban para el endeudamiento y el mantenimiento de la familia en la casa.

Así las cosas, en un viaje al banco hacia la cabecera del municipio con mi padre, me acerque al señor que manejaba las tarjetas de pagos y lo amenace con traer la guerrilla al banco, en mi loca niñez y sin medir consecuencias vi que tomó el teléfono e hizo señas para que viniera el vigilante, a quien ni miró y nos sacó de ahí. Así que, en mi ira e impotencia campesina, ese mismo día inicié viaje hacia el sexto frente de las FARC-EP, en cercanías a Tacueyo en el departamento del Cauca y allí me recibieron y me enviaron de tarea como educadora a unas escuelas que quedaban en el páramo, estuve allí por cerca de un año y medio entre tareas académicas, educativas y tareas urbanas.

A los 14 años y medio mi comandante me llamó para decirme que debía salir a estudiar y que me enviarían para matricularme y continuar mi educación secundaria. Así lo hice y una vez termine de estudiar el bachillerato me fui a estudiar a Rusia y luego pase un par de años apoyando en el gobierno de Nicaragua. Luego ingresaron a las filas de FARC-EP cuatro miembros más de la familia, hoy todos caídos dignamente en varios asaltos.

Mi madre, mi ancestra más próxima, había aprendido de mi abuelita a dejarnos unas bases firmes de autonomía e independencia que serían la semilla que ella nos entregó, respaldándonos con dolor de madre claro, pero siempre cerca de nosotros, siempre activa.

Hoy a sus 90 años, aún sigue en la costura, activa, sigue inquieta y sus ojos, su mente y su corazón han tenido que soportar la partida digna de cada uno de los miembros de la casa en el conflicto armado y al cual solo sobreviví yo. Sobrevivir se convirtió en el lema de familia, ya que a lo largo de toda esta historia hemos sido

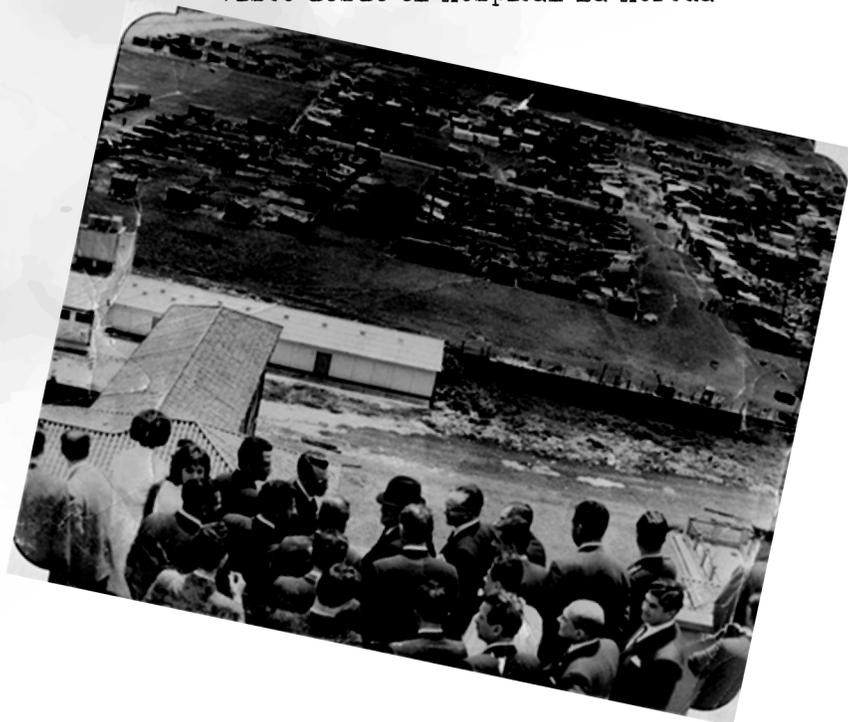
constreñidos, encarcelados, torturados, amenazados y desplazados en varias ocasiones.

Nos reúne la convicción revolucionaria, y nos reúne los homenajes que hacemos cada año a nuestros hermanos, hermanos de casa, y hermanos caídos en esta guerra que aún no tiene fin; homenajes a mi madre como la gran luchadora que en su vientre anidó grandes revolucionarios que ahora han pasado a la historia, que ahora hacen historia y que harán que en Colombia escribamos la historia de otra manera.

Hoy por todas estas razones me mueve la reincorporación, porque mi alma a gritos pide que se nos acabe ya la clandestinidad, que por fin cada excombatiente y cada familia de los excombatientes pueda vivir sin estigmatización. Esto requiere de una gran educación social, pues Colombia no estaba sensibilizada para recibir la sociedad de la montaña que llega, ni siquiera cada familia para recibir a sus nuevos-antiguos miembros. Pronto será la Paz en Colombia.

Abrazo fraterno y revolucionario

Barrio de invasión  
POLICARPA SALAVARRIETA,  
visto desde el Hospital La Hortúa



Mi memoria fotográfica,  
Al fondo el Hospital La Hortúa



Corporación para el Desarrollo Regional  
Forum Syd. Centro sueco de Ong's para el desarrollo  
Solidaridad Práctica y fondos de la agencia de corporación  
sueca

Proyecto:  
Construcción de paz con enfoque de género:  
Por una cultura de paz y respeto por los derechos humanos de  
todos y todas  
Santiago de Cali- 2019

Solidaridad práctica y fondos de la Agencia de Cooperación  
Sueca (ASDI)  
Teresa Allendes  
Responsable de proyectos para África y América Latina

Corporación para el desarrollo Regional  
Martha Viviana Burbano  
Directora

María Eugenia Betancur Pulgarín  
Coordinadora del Proyecto

Catalina Galeano Cabrera  
Coordinadora de Incidencia y Memoria  
Coordinación Editorial

Rosa Elvira Castillo Velez  
Coordinadora pedagógica

Angélica Lorena Luna  
Diagramación y diseño

Corporación para el Desarrollo Regional - CDR-  
Carrera 30 # 9 C-15  
Cali, Colombia  
pazconenfocodedegenero@gmail.com  
www.corporacionparaeldesarrolloregional.com

Las opiniones y hechos consignados en cada texto de esta obra  
son de exclusiva responsabilidad de sus editoras y autoras.  
Solidaridad Práctica y Forum Syd no se hacen responsables, en  
ningún caso, de las opiniones de la autora  
Cali, diciembre de 2019





Genealogía Feminista

**MEMORIAS  
DE RESISTENCIA**

Viaje Ancestral por nuestro

Linaje Femenino



Región de Resistencia  
Suroccidente y Pacífico  
Colombia  
Cali- Valle del Cauca  
2019



Solidaridad Práctica  
- Por un mundo sostenible y solidario



Comisión para el  
**DESARROLLO**  
Regional



Proyecto  
Paz con  
Equidad de  
Género

ISBN: 351361